



la saga de los murciélagos

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

LA SAGA DE LOS MURCIELAGOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 670
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 52.813 - 1974

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: febrero, 1975

© BURTON HARE - 1975

texto

© SALVADOR FABA - 1975

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1975

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.264.— ¡Abrazame, muerte!

En Colección PUNTO ROJO:

664. — La burla del muerto.

CAPÍTULO PRIMERO

La casa era vieja y se alzaba al borde de una laguna pantanosa, sobre la que en invierno flotaba una bruma espesa y fría que envolvía los árboles, dándoles aspecto fantasmal.

En verano no había bruma, pero del pantano se elevaban las miasmas pestilentes de la vegetación podrida o en descomposición y nadie sabía qué era peor.

Aislada, fue construida un siglo atrás por el viejo Mortimer Darrow en la época en que se le despertaron delirios de nobleza.

El caserón estaba construido de piedra y madera, y el viejo Darrow, de haber vivido, hubiera reventado de ira al ver el abandono en que sus descendientes lo habían dejado caer.

Le habría enfurecido, por ejemplo, saber que algunos de esos descendientes ni siquiera habían puesto los pies en ella una sola vez en su vida.

Aunque tal vez se hubiera encolerizado mucho más al averiguar que otros, precisamente los más jóvenes de su dinastía, la frecuentaban demasiado con sucios e inconfesables propósitos.

Desde luego, la situación del enorme caserón era ideal para cualquiera que deseara pasar inadvertido, o entregarse a prácticas de las que el vulgo no debía tener noticia y la ley menos.

El hedor del pantano flotaba en el aire a pesar de que el verano agonizaba. Un hedor dulzón, penetrante, que a ciertas horas producía náuseas.

Parecía haberse introducido en toda la casa con el crepúsculo de un día que había sido particularmente desapacible. Sólo que dentro del caserón el hedor era más bien acre. Nunca huele bien la marihuana, ni el vómito, ni el sudor.

Por lo general, las orgías tenían lugar en la planta baja, tanto porque era más cómodo como por ser la única parte del edificio que estaba aún medianamente amueblada.

El piso alto era destartelado, sumido en un mar de polvo, y penetraba el viento y la pestilencia pantanosa por multitud de rendijas de las ventanas y por los huecos de los cristales rotos y nunca repuestos.

No obstante, algunos de los participantes en las bacanales y sesiones de drogadictos, de vez en cuando, preferían aislarse allá arriba, donde nunca nadie subía a importunar, la mayoría porque se hallaban en un estado tal que les resultaba prácticamente imposible mantenerse de pie, y mucho menos subir las escaleras.

Mientras las sombras del crepúsculo se ceñían en torno al caserón, arriba, en uno de los cuartos aislados, dos jóvenes se hundían en el profundo sueño de la inconsciencia.

El, tendido sobre un desvencijado diván del que asomaban los muelles y el relleno.

Ella, tirada sobre una deshilachada alfombra que databa casi de la época en que fuera construida la casa.

Era una muchacha delgada, de cabellos revueltos, tez pálida y labios delgados, torcidos en un rictus amargo.

El joven tendría un par de años más que ella y el sudor cubría su rostro y el torso desnudo. Era musculoso, de piel curtida por el sol. Fuerte y bien parecido, había comenzado ya el proceso de embrutecimiento que pronto daría al traste con su aspecto, convirtiéndolo en una ruina, minado y destruido por la droga.

La ventana se oscureció rápidamente y la estancia quedó sumida en tinieblas. En toda la casa no podía escucharse más que el jadeo desesperado de las respiraciones de cuantos se habían dado cita para su abyecta diversión.

Una sombra negra revoloteó frente a la ventana, encontró el hueco de un cristal roto y se coló dentro.

Era un murciélago que revoloteó desesperado entre los muros. Pequeña sombra negra flotando en el aire corrompido, sin darse cuenta de que acababa de introducirse en una trampa.

De pronto, una sombra mucho más grande se desprendió materialmente de la pared. Una figura informe, negra, que atravesó cautelosamente la habitación hasta la ventana y abrió ésta.

El murciélago dio unos bandazos, orientó sus sentidos y atravesó la ventana abierta como un dardo.

La sombra volvió a cerrar y, cautelosamente, se aproximó a los

dos jóvenes entregados al «gran viaje».

Para ellos iba a ser un «viaje» sin retorno, aunque eso, por supuesto, ni el uno ni la otra podían saberlo.

La sombra se detuvo junto al muchacho dormido. Estuvo mirándolo desde la negrura con ojos que parecían despedir llamas.

Después, de entre los pliegues del ropaje con que se cubría, emergieron dos manos cubiertas por guantes. En ellas sostenía un cuchillo viejo, de larga hoja.

Poco a poco, casi dulcemente, apoyó la afilada punta sobre el pecho de poderosos músculos. Pareció tantear un instante y varió algo la posición buscando recto el corazón.

Cuando lo hubo conseguido, con un extraño quejido, la sombra apoyó todo su peso en la empuñadura.

El acero se hundió de golpe, profundamente, hasta la cruz, hasta que casi clavó a la víctima materialmente en el diván.

La sombra negra abandonó el cuchillo enterrado en aquel pecho que ya no alentaba y se volvió hacia la muchacha dormida, hundida en el abismo de la droga.

Se colocó sobre ella y poco a poco se hincó de rodillas. Sus rodillas cayeron sobre el joven y blanco cuerpo. La presión angustió a la inconsciente muchacha.

Una mano negra le recorrió el rostro y le tapó la nariz y la boca. Presionó hasta que le faltó el aire a sus pulmones y se agitó.

La sombra siguió presionando unos instantes antes de retirar la mano. Entonces empezó a hablarle con voz ronca, profunda y temblorosa.

Los párpados se agitaron y poco a poco la muchacha consiguió abrir los ojos. En el velo turbio que parecía cubrirlos le pareció ver que una sombra monstruosa se alzaba sobre ella...

Aquella sombra esgrimió su mano derecha. Algo como una garra que flotó despacio sobre la desgraciada.

Seguía murmurando frases increíbles mientras la garra descendía.

Fuera del cuarto, en el pasillo, una pareja trataba de sostenerse uno al otro porque sus piernas parecían haberse vuelto de gelatina.

Oyeron aquel extraño murmullo y se detuvieron.

Ella balbució:

—Hay... alguien ahí... Mejor... vámonos.

—Hay otro cuarto... No sé dónde, ¿sabes?... Tiene que estar por... por aquí...

El murmullo bronco cesó de pronto. Se escuchó un sordo quejido y un forcejeo... Después todo quedó convertido en un largo estertor y luego otra vez el susurro de la sombra negra. Y al fin, silencio.

Fuera, la jovencita cuyas piernas ya no podían sostenerla más tiempo tartajeó:

—¿O... oíste?

—Sí...

—¿Qué... estarán haciendo?

El trató de reír, pero sólo obtuvo un breve relincho.

—¡Lo... lo mismo que... que nosotros!

No encontraron la otra habitación en la oscuridad.

La chica se deslizó al suelo pegada a la pared, al igual que un muñeco que se dobla muy despacio. Cuando quedó tendida en el pasillo, él seguía tartajeando algo entre dientes y al final la imitó con un nuevo chillido de entusiasmo.

Ninguno de los dos vio la negra sombra que parecía cernirse por el pasillo, sobre ellos, como si flotara en busca de otra dimensión en la que sólo reinaba la muerte.

CAPÍTULO II

Grant Talbot detuvo el coche a la entrada de la colosal residencia de los Greeley. La sombra fría de los robles centenarios se extendía en la plazoleta y los porches sostenidos por gruesas columnas de mármol.

Caminó hasta los escalones. La puerta se abrió y un sirviente apareció en ella, rígido, perfecta estampa de la era victoriana.

—El señor Greeley está esperándole —anunció, con voz neutra.

Grant asintió. Echó a andar detrás del anciano vestido con librea, preguntándose qué debería pensar esa reliquia de otra época de la gente que le rodeaba en ese caserón inmenso.

El sirviente llamó discretamente y acto seguido abrió una puerta de oscura madera. Grant se coló dentro de lo que parecía un invernadero a juzgar por la temperatura, húmeda y elevada.

El hombre que le esperaba estaba hundido en un enorme butacón, con las piernas cubiertas por una manta. Grant Talbot empezó a sudar apenas se hubo cerrado la puerta a sus espaldas.

—¿Talbot? —murmuró una voz débil—. Venga... donde yo pueda verle.

—Encontré el coche, señor Greeley. Lo he traído.

—¿El coche de Allan?

—Sí.

Sonó una especie de suspiro.

—¿Y él?

—Aún no lo sé. Parece que abandonó el auto en las cercanías de un parador de carretera, pero no se inscribió en él.

—¿Está seguro?

—Sí.

—¿No puede ser que Allan hubiera querido disfrutar de una aventura amorosa? Los paradores, ya sabe usted...

—Me aseguré de que nadie le hubiera visto allí. No, señor

Greeley: Allan Murdock no buscó alojamiento en ese lugar, ni solo, ni acompañado por ninguna mujer.

—Entonces, siga buscándole. Revuelva todo el país, de costa a costa... No importa lo que cueste... Sólo encuéntralo.

—Lo estoy intentando.

—Lo sé... ¿Talbot?

—Sí, señor.

—No acepte usted otro trabajo..., ninguno. ¿Entiende? Le pagaré todo el dinero que pida, pero dedique todo su tiempo a este trabajo. No me queda mucho tiempo, usted sabe..., y no quisiera irme al infierno sin haber vuelto a ver a Allan.

Grant sacó un cigarrillo. Se disponía a encenderlo cuando se dio cuenta de la mirada de disgusto del anciano.

Éste era casi una momia de piel amarillenta y apergaminada. Sólo sus agudos ojos parecían conservar un torrente de vida, agudos y brillantes.

—Lo siento. Olvidé que no tolera usted el humo —se disculpó—. Se me ocurre, señor Greeley, que muestra usted más interés por Allan Murdock que por la propia esposa de éste...

—Cuando conozca usted a Evelyn se dará cuenta de la razón de mi indiferencia. Es una mujer perversa, Grant. Y es mi hija, además.

—Creo que exagera...

La risa del viejo sonó igual que el graznido de un cuervo.

—Para ella, los maridos significan lo mismo que para una niña un juguete. Cuando se desvanece la ilusión de la novedad, lo arrincona. Se ha casado cinco veces, ¿sabe?

—La última vez, con Murdock, supongo.

—Cierto. El único hombre de cuerpo entero que he conocido en toda mi vida. Medio salvaje, es cierto, pero con una humanidad profunda y alegre... De todos los miembros de mi familia, es el único con el que he gozado hablado, o escuchándole, o, simplemente, sabiéndole sentado cerca de mí, callado y a veces dormitando de aburrimiento. Pero incluso así yo sé que estaba pendiente de mí, de este viejo inútil que ya tiene un pie en el abismo negro del infierno... Encuéntralo, Talbot, esté donde esté.

—A menos que haya muerto, daré con él, señor Greeley.

—¿Muerto?

—Pudiera ser. Todos los días mueren gentes en las carreteras, en

todo el país.

—No quiero considerar siquiera esta posibilidad. Allan rebosa vida por todos sus poros. Un hombre como él no puede morir en un estúpido accidente.

—Está bien: seguiré intentándolo a toda costa. Volveré a verle cuando tenga algo que comunicarle. Voy a dejar el coche aquí; de modo que le agradeceré que dé instrucciones para que alguien llame un taxi por teléfono.

—Pídaselo al mayordomo. Se llama Frick y estará siempre a sus órdenes, Talbot. Ya le di instrucciones.

Grant salió de la estancia. El mayordomo estaba esperándole en el vestíbulo de la gran casa.

—Necesito un taxi, Frick. El señor Greeley dijo que usted solucionaría este problema.

—Por supuesto, señor.

Tras ellos, una voz con un profundo latido sensual dijo:

—Olvide ese taxi. Yo le llevaré de regreso si no tiene inconveniente.

Grant Talbot se volvió. De haberse encontrado en otro lugar habría silbado de admiración ante la mujer que se le aproximaba, moviéndose sinuosamente, con una explosiva carga erótica en cada uno de sus gestos.

El mayordomo apenas disimuló su contrariedad, pero murmurando una disculpa, se apartó, dejando el campo libre a la mujer.

Talbot la recorrió descaradamente con la mirada de arriba abajo.

—Usted es el detective, claro —dijo ella, deteniéndose.

—En efecto. Tiene esa ventaja sobre mí: me conoce.

—Yo soy Evelyn Greeley.

—Si mis noticias son ciertas, se llama usted Evelyn Murdock.

Ella hizo un gesto despectivo con la mano, como si espantara una mosca.

—Eso es sólo una formalidad —comentó—. Venga conmigo... Le llevaré en mi coche.

Pasó su brazo desnudo por el de Grant y le llevó hacia la puerta. El notó el duro y provocador contacto de la mujer en su brazo mientras caminaba a su lado.

—Hubiera podido tomar un taxi —gruñó—. Suele resultar más

sencillo.

—¿Por qué? ¿Tiene miedo de las mujeres?

—Sólo de ciertas mujeres. Usted es una devoradora de hombres.

Con Murdock ya van cinco.

—¿Le han dicho alguna vez que es usted un grosero?

—A lo largo de mi agitada vida me dijeron cosas mucho peores.

—Lo creo...

Salieron al exterior. Ella le condujo sin soltarle el brazo hacia la fachada lateral, atravesaron un cuidado césped y entraron en un garaje en el que tendrían cabida seis o siete coches.

Ella eligió un agazapado coche deportivo pintado de rojo. Se instaló ante el volante y el motor rugió cuando lo puso en marcha.

Grant pasó por encima de la portezuela y se enroscó en el asiento, tratando de encajar sus largas piernas.

—¿Qué clase de auto es éste? ¿Para pigmeos? —rezongó.

El «MG» dio un brinco hacia delante y zumbó por el amplio paseo de grava hasta el portón de la entrada. Cuando desembocó en la carretera, ella hundió el acelerador hasta el fondo y el cuentakilómetros subió a cien en cuestión de segundos.

Encajado en el reducido espacio, el detective gruñó:

—¿Qué trata de demostrar? ¿Qué es capaz de manejar un coche con la misma facilidad que a los hombres?

—Es usted detestable, Talbot. Odioso y detestable para ser exactos.

—Entonces, dígame por qué me soporta.

—Porque necesito sonsacarle lo que sabe de mi adorado esposo.

—Ajá. Y para eso necesita correr a ciento sesenta kilómetros por hora...

—Es un sistema de relax, ¿sabe?

—Ya... Pero yo me relajo mejor a una velocidad prudencial; aunque imagino que a una dama como usted mi bienestar le tiene sin cuidado.

—Ni más ni menos. ¿Adónde desea ir?

El la miró de reojo. El perfil de la mujer era de una belleza sin paliativos, soberbio. Tenía los labios turgentes y apretados a causa de la tensión. Sus ojos destellaban.

—Elija usted —replicó.

—¿No le importa a dónde le lleve?

—Por supuesto que no. Nunca me preocupó mi virtud.

—No sea necio. Usted sería el último hombre con el que jugaría al amor.

—Bien. Entonces, ¿a qué quiere jugar?

Ella redujo la velocidad poco a poco. Tomó una curva y apareció una cafetería a la derecha. Instantes después detenía el coche en el establecimiento.

Grant la siguió hasta el interior. Ella pidió un *gimlet* y el detective se conformó con café negro.

—Y ahora vayamos al grano, ¿sí? —propuso Grant—. No soy tan inaccesible como para andar con todos esos rodeos.

—Muy bien, directo al negocio... ¿Qué ha averiguado usted de Allan?

—Encontré su coche.

—Ya vi que lo trajo a casa. El coche no me importa en lo más mínimo. ¿Qué hay de mi marido?

—Hasta ahora sigue sin aparecer.

—¿Cree usted que podrá localizarlo?

—Estoy seguro. No es el primer caso de esta índole con el que me enfrento.

—¿Aunque él no desee ser encontrado?

—¿Es ése el caso de Allan Murdock?

—Yo no dije que lo fuera; me limité a plantear un supuesto.

—Incluso así, habría de ser él quien me dijera que lo dejara en paz.

—¿Cuánto le paga mi padre?

—Cien dólares al día más gastos, más una prima cuando encuentre a Allan Murdock.

—¿Una prima?

—Diez mil.

Ella arrugó el ceño. Esperó a que la camarera dejara las bebidas sobre la mesa y se alejara de nuevo para decir:

—Voy a plantearle otro supuesto, Talbot.

—Hágalo. Eso no cuesta ningún dinero.

—Diez mil dólares por dejar correr el agua bajo los puentes... ¿Entiende?

—Diez mil por no hacer nada. ¿Es eso exactamente?

—Sí.

—¿Olvida que trabajo para su padre?

—No es más que un viejo chivo. Sufre de manías, eso es todo.

—No es una actitud muy piadosa, teniendo en cuenta que es usted su hija.

—Crea que el afecto es mutuo... ¿Qué responde?

—Si yo me vendiera por ese dinero ya no sería detective, sino chantajista o atracador.

—¿Pretende una suma mayor?

—Pretendo ver claro en todo este embrollo. ¿Por qué no quiere usted que Allan sea localizado?

—Porque voy a acusarle de abandono del hogar. Cuanto más tiempo permanezca en ignorado paradero, mayores posibilidades tendré de que sea condenado y de que me concedan el divorcio sin que me cueste un céntimo.

—Ya entiendo.

—¿Diez mil?

—No.

—Pero ¿por qué no? Puede seguir cobrando de mi padre todo el tiempo que quiera, sólo que podrá disfrutar de una especie de vacaciones.

—Señora Murdock, tengo la impresión de que usted valora a los demás según su propio rasero. Está convencida de que puede comprar hombres y conciencias mediante una suma determinada...

—Hasta ahora es un método que nunca me ha fallado.

—Entonces, ésta será la primera vez.

—De modo que no acepta.

—En absoluto. Tengo un cliente, ¿sabe? Y hasta hoy jamás he traicionado a ninguno que haya confiado en mí.

—Estúpido... Ridículamente estúpido. No puedo comprenderlo...

Talbot apuró el café y encendió un cigarrillo mientras ella saboreaba su helada bebida con el ceño fruncido.

De pronto, los diabólicos ojos de la mujer se clavaron en su rostro con una fijeza casi hipnótica.

El gruñó:

—¿En qué piensa? ¿Por dónde empezar a devorarme?

—Quisiera saber qué tiene usted contra mí.

—Nada, excepto que detesto a quienes intentan sobornarme.

—Tal vez no empleé la moneda adecuada en su caso.

El sacudió la cabeza.

—Quizá no.

—Dígame, Talbot. ¿Está usted casado?

—No, que yo sepa.

—Eso lo hace más fácil. Tengo un apartamento en la ciudad...
Cómodo, perfumado y discreto.

Hizo un imperativo gesto llamando a la camarera. Antes que Grant pudiera decir una palabra había depositado unos dólares sobre la mesa.

La camarera le miró con un leve reproche en los ojos. El sonrió, encogiéndose de hombros.

Echó a andar detrás de Evelyn. No cabía duda que ella sabía cómo moverse. Sus caderas adquirirían el suave y justo balanceo necesario para que cualquiera pudiera advertir que debajo del vestido no llevaba ningún artilugio para moldearlas.

Grant Talbot no despegó los labios hasta que estuvieron de nuevo en la carretera, a bordo del bólido rojo.

Entonces gruñó:

—Me ha desacreditado usted delante de la camarera. Debió dejar que fuera yo quien pagase las bebidas.

—Apuesto a que eso no le quitará el sueño.

—Hablando de ese apartamento...

—Podrá admirarlo personalmente. Vamos hacia allí, si no le importa.

—¿Para qué?

Ella le contempló por el rabillo del ojo.

—¿Necesita usted que se lo deletree?

—Está muy segura de que voy a aceptar esta clase de soborno.

—¿Y no es así?

—No voy a acostarme con usted, si hemos de llamar cada cosa por su nombre.

Ella sacudió la cabeza.

—Veremos.

Hundió el acelerador y el auto zumbó como una bala. Adelantó temerariamente a un enorme camión, después dejó atrás a una fila de coches, el más lento de los cuales corría a ciento treinta, y al fin dio vista a la ciudad.

—Me pregunto dónde andarán los patrulleros —rezongó Talbot, indignado—. Ha hecho usted trizas por lo menos la mitad del Código de circulación...

—¿Quién se preocupa por esas minucias?

Sorteó un autobús, dobló a la derecha y enfiló una avenida residencial por la que apenas transitaba nadie a esa hora.

Cuando detuvo el coche lo hizo frente a un edificio de cuatro plantas, elegante, con ese cúmulo de detalles que pregonan tanto la riqueza del constructor como la de sus inquilinos.

Grant saltó a la acera brincando por encima de la portezuela y se quedó mirando el ajardinado vestíbulo.

Ella runruneó:

—Hemos llegado, Talbot.

—Usted ha llegado.

—¿Qué?

—Mire, cuando quiera ser devorado, yo mismo elegiré a la pantera, ¿sabe? Gracias por traerme a la ciudad.

Hizo un gesto de despedida y echó a andar por la acera.

Lo que ella le llamó en voz alta no puede ser dado a la imprenta...

CAPÍTULO III

Talbot se detuvo junto a la piscina. El sol declinaba ya, pero aún calentaba lo suficiente para que hubiera tres o cuatro muchachas tumbadas dejándose acariciar por el calor.

El paseó la mirada por el surtido de pieles doradas, dudando entre dirigirse a una o a otra.

Al fin optó por la más próxima a dónde se había detenido. Era una pelirroja cuyo bikini, bien doblado, habría cabido en una caja de cerillas.

—Hola. Busco a Alma Darrow.

La muchacha abrió los ojos, parpadeó hasta enfocar la mirada y después recorrió al detective de arriba abajo. Al fin fijó sus ojos profundos y verdes en su rostro.

—Vaya —murmuró—. Alma es rubia. ¿No le da igual una pelirroja?

—Si la pelirroja es usted, acepto el premio. Pero quiero hablar con Alma primero.

Ella sacudió la cabeza. Manipuló en la tumbona hasta dejarla convertida en un cómodo sillón y runroneó:

—¿Para qué quiere hablar con ella? Oiga, siéntese, ¿quiere? Me molesta mucho tener que estar mirando hacia arriba.

Y sin aguardar, casi sin transición, la muchacha le espetó:

—¿Es usted de la policía?

—¡Cuernos, no! ¿Qué le dio esa absurda idea?

—No lo sé. Quizá su aspecto..., o tal vez su falta de entusiasmo para apreciar todo lo que tiene a la vista.

Grant se echó a reír.

—Pensé que temía usted que la policía pudiera estar buscando a Alma Darrow.

—Ella no está aquí...

—Bien. ¿Dónde puedo encontrarla?

—No veo una sola razón por la que deba decírselo.

Grant encendió un cigarrillo. Con un gesto perezoso, ella se lo quitó de los labios y lo saboreó, mientras el detective encendía otro.

Con el rostro aureolado por una nube de humo, la muchacha murmuró:

—Dígame por qué quiere encontrar a Alma, querido...

—Todo lo que deseo es hacerle una pregunta.

Grant advirtió que, a pesar de la aparente despreocupación de la pelirroja, sus ojos verdes estaban alerta, como al acecho.

—Hágame esa pregunta a mí. Quizá yo pueda responderla. Alma y yo compartimos el mismo apartamento. Prácticamente, no guardamos secretos entre nosotras. Pero antes dígame cómo se llama, querido desconocido.

—Grant... Grant Talbot.

—Ahora, la pregunta, Grant.

—Ahí va... ¿Cuándo vio por última vez a Allan Murdock y dónde?

Creyó advertir un chispazo en las pupilas, que de pronto se volvieron cautelosas. Casi perdieron parte de su brillo.

—¿Quién es ese Murdock? —Runruneó.

—Alma no hubiera dicho eso, porque me consta que le conoce.

—Lo dudo. Me hubiera hablado de él.

—No necesariamente. Veamos, jovencita, deje de jugar a las adivinanzas.

—Me llamo Laurie, ¿sabe?

—Felicidades. ¿Qué hay de Alma?

Ella le arrojó el humo a la cara y se incorporó.

—Creo que iré a vestirme. Es la primera vez que mis encantos no tumban a un hombre de espaldas. Usted está a punto de conseguir que se despierte mi complejo de inferioridad.

—¿Quiere dejar de decir tonterías, por favor? Necesito hallar a Alma cuanto antes. Quizá me cueste un poco más, pero la encontraré aunque usted no quiera ayudarme.

Ella saltó de la tumbona. Estiró los brazos con un gesto felino, desperezándose. Por un instante él pensó que los puntiagudos senos iban a saltar fuera del diminuto corpiño.

—Le invito a un trago —dijo de pronto—. Tengo cerveza y está helada.

—Prefiero *whisky*, si no le importa.

—De eso, nada. Tiré la última botella que ella trajo y...

Calló de pronto. Luego dio media vuelta y echó a andar graciosamente hacia la escalera que conducía a los apartamentos que en forma de media luna cercaban la piscina.

El suyo estaba amueblado sin ningún estilo determinado. No obstante, la muchacha había conseguido imprimirle cierta atmósfera de confortable intimidad que a Grant le encantó desde el primer instante.

—Primero, la cerveza —anunció Laurie.

Trajo una lata que él abrió casi sin darse cuenta.

—¿Y ahora? —preguntó, después del primer sorbo.

—Creo que lo más indicado es que me vista, ¿no le parece?

Se llevó las manos a la espalda. Por un momento, Grant pensó que iba a despojarse del bikini sin más trámite, pero con una burlona sonrisa, ella se alejó, desapareciendo detrás de una puerta que dejó entornada.

Desde la habitación, preguntó:

—¿Le importaría decirme a quién busca usted concretamente: a Alma o a ese Murdock?

—Sólo me interesa Allan Murdock.

—¿Por qué?

—Demasiadas preguntas.

Laurie reapareció ajustándose un suave vestido que se ceñía a su cuerpo como una segunda piel. A juzgar por el tiempo transcurrido, no debía haber perdido ni un minuto poniéndose demasiadas cosas debajo.

El dio otro sorbo a la lata de cerveza, dejando resbalar la mirada a lo largo de aquel cuerpo de soberbia belleza.

La muchacha soltó una risita.

—¡Asombroso! —exclamó—. Le entusiasma más verme vestida que desnuda... ¿Qué clase de pájaro raro es usted, querido?

—Tengo la esperanza de poder demostrárselo alguna vez... ¿Qué me dice de Alma Darrow?

—Está enferma. No podrá usted verla.

—A menos que tenga la peste, no veo por qué no puedo hacerle una pregunta a una chica por muy enferma que esté... Mire, éste es un asunto serio, preciosa, lo crea o no. ¿Qué pasa con su amiga: se

oculta o tiene miedo de alguien?

De pronto, ella pareció relajarse. Se estremeció y con un susurro apenas audible musitó:

—Yo también quisiera saberlo.

—Sea lo que sea, no pretendo molestarla en absoluto. Le repito que todo lo que deseo es que me responda una pregunta y después la dejaré en paz.

—Ella... Bueno, está en un sanatorio. Yo misma la llevé.

—¿Usted? Si está realmente enferma, opino que debería ser su familia quien se ocupara de esa muchacha.

—Las cosas nunca son así de sencillas. Alma no vive con su familia... Dejó su casa apenas cumplió la mayoría de edad y buscó trabajo por su cuenta. Se empleó en una agencia publicitaria y poco después nos conocimos. Intimamos y hemos vivido juntas hasta ahora.

—Entiendo. Sin embargo, no veo ninguna razón para ese misterio con que usted parece rodear todo este asunto.

Laurie clavó sus profundas pupilas en la cara de él y murmuró:

—Dígame... ¿Quién es usted, Talbot?

—Un detective privado.

—Lo supuse en cuanto le vi. ¿De veras no busca a Alma para otra cosa más que preguntarle por Murdock?

—Le doy mi palabra, Laurie.

Poco a poco, la muchacha se le aproximó hasta quedar casi pegada a él. Le miraba con extraordinaria fijeza y de pronto levantó las manos y las apoyó en sus hombros poderosos.

—Talbot... ¿Me da igualmente su palabra de que no informará a la familia de Alma de lo que vea?

—Se lo prometo. No trabajo para la familia Darrow; de modo que no hay nada que me incline a informarles de nada en absoluto.

—De acuerdo, le acompañaré —accedió, con un suspiro—. De cualquier modo, necesito a alguien en quién confiar.

—¿Para qué? ¿Se metió su amiga en algún embrollo?

—Quisiera saberlo, de veras. ¿Ha venido usted en su coche?

—Sí.

—Entonces, vamos.

—Espere un minuto. ¿Le importaría decirme qué hay detrás de todo esto? De su actitud, de sus temores, del hecho de que su amiga

esté en un sanatorio.

—Ella no habló... no quiso o no pudo decírmelo. Sólo sé que llegó una noche, hace tres días, medio loca. Estaba histérica perdida y se metió en la ducha. Casi hube de emplear la violencia para sacarla del agua. No hacía más que restregarse la cara y las manos y vomitar. Después... quemó la blusa y los pantalones que había llevado puestos.

Grant frunció el ceño.

—¿Qué pensó usted, Laurie?

Ella desvió la mirada.

—Yo sabía que Alma había probado las drogas. Marihuana, creo. Traté de quitarle esa estupidez de la cabeza, pero no me hizo ningún caso. Se me ocurrió que aquella noche había tomado algo más fuerte... Tal vez LSD, o heroína quizá, y que... que bajo esa influencia nefasta había cometido acciones que al serenarse la repugnaban...

—Pudiera ser, excepto en lo del vestido. ¿Por qué lo quemó?

—Grant...

—Suéltelo. Estoy de su parte, Laurie.

—Es algo horrible.

—Había sangre en las ropas. ¿Es eso?

Ella dio un respingo.

—¿Cómo...?

—Ninguna otra cosa hubiera podido impulsarla a quemar el vestido. Manchas de sangre sí.

—Es cierto...

—¿No intentó usted averiguar qué le había ocurrido?

—¡Dios, ya lo creo que lo intenté! Pero estaba descompuesta, igual que loca. Cada vez que la dejaba sola corría a la ducha, se desnudaba y empezaba restregarse como si quisiera arrancarse la piel de la cara, del busto, de las manos... Una pesadilla. Llamé a un médico amigo de mi familia y fue él quien decidió internarla hasta que se calmara.

—Entiendo. ¿No avisó usted a su familia?

Ella sacudió la cabeza.

—Sabía que eso la habría disgustado profundamente.

Y más aún si la hubiesen visto en semejante estado.

—Claro. Bien, vamos a verla.

Ella le detuvo apoyando sus manos en su brazo.

—Por favor, Grant... no haga nada que pueda perjudicarla... Le odiaría el resto de mis días.

El sacudió la cabeza.

—Tranquilícese.

Sin pensar, de modo instintivo, Grant inclinó la cabeza y la besó suavemente en los labios. Después ambos abandonaron el apartamento.

El crepúsculo teñía de sombras el jardín y la desierta piscina.

Las sirenas que antes la animaban ahora habían desaparecido.

Cuando el coche del detective se puso en marcha, unos ojos sombríos observaron sus movimientos ocultos en la penumbra de un auto cerrado y oscuro...

Los diabólicos ojos de la muerte.

CAPÍTULO IV

El doctor Haywod se subió las gafas sobre la nariz y murmuró:

—Desde el primer instante nos ha proporcionado dificultades. Sin ninguna duda, estaba bajo el efecto de una droga cuando sucedió lo que la atormenta. Probablemente una dosis excesiva de LSD.

—¿No se ha calmado aún? —preguntó Laurie con voz angustiada.

—Un poco. Aunque con frecuencia la hemos sorprendido mirándose las manos, o examinando su cara y su pelo en el espejo como si esperase encontrar allí una respuesta a su terrible inquietud.

Grant no comprendía muy bien todo aquello.

—Después de todos estos días —gruñó—, imagino que los efectos de la droga deben haberse esfumado, doctor. No soy un experto, por supuesto, pero tengo entendido que...

—Sé lo que quiere usted decir. Ella no es adicta... aún. No cabe duda que ha ingerido otras dosis del mismo veneno, pero no con la suficiente frecuencia como para convertirse en adicta. No, evidentemente, lo que la mantiene en esa especie de estupor no es la droga, sino algo que existe en su mente. He tratado de bucear en su subconsciente, pero sus respuestas son francamente absurdas y descorazonadoras. Hay momentos en que pienso que se entregó a prácticas satánicas o algo así.

—¿Qué diablos es eso? —saltó Grant, perplejo.

—Ceremonias negras, o adoradores del diablo, llámelo como quiera. Se ha puesto de moda entre cierta clase de juventud.

—¿Quiere decir que son lo bastante idiotas para rendir culto al diablo?

—Ésa es una forma simplista de enfocararlo, pero acertada.

Grant soltó un juramento. Volviéndose hacia la muchacha

preguntó:

—¿Sabía usted algo de eso, Laurie?

—Desde luego que no... Ella nunca me habló de un absurdo semejante.

—Acláreme eso, doctor, ¿quiere? —barbotó Talbot.

—En realidad, es una cosa que ha existido desde los tiempos remotos en que el mundo se debatía en el oscurantismo. Sólo en nuestra era algunos grupos cerrados han elevado el culto al demonio a la categoría de religión. Nefasta en la mayoría de las ocasiones, por supuesto. La colaboración de las drogas ha ayudado mucho, y la mayor libertad e independencia de la juventud... O, por lo menos, de una pequeña parte de esa juventud desorientada que se debate entre la excitación y el aburrimiento.

—Pero, bueno, ¿qué es lo que hacen, invocan a Satanás o qué?

—Amigo, no lo sé con exactitud. Desde luego, invocan al diablo en medio de sus orgías sexuales o en mitad de un «viaje» provocado por la droga. Algunos creen ver a Satanás en forma de bestia inconcreta. Otros imaginan que se les aparece en forma de murciélago.

Grant se echó a reír. Luego, con una mueca, gruñó:

—Sería cómico si no implicara que hay seres dispuestos a autodestruirse conscientemente.

—Que se destruyen, puede usted afirmarlo. Llegan a convertirse en fanáticos de sus ceremonias negras y es muy difícil, por no decir imposible librarles de sus diabólicas creencias.

Laurie estaba terriblemente pálida.

—Doctor —susurró—. ¿Quiere decir que éste es el caso de Alma?

—No puedo afirmarlo aún, pero ella cree haber visto al diablo en forma de gigantesco murciélago. Es todo lo que he podido sacarle en medio de uno de sus delirios. Por lo demás, debió suceder algo espantoso para que le dejara tan profunda huella en la mente. Algo que la tocó, sin ninguna duda, de ahí su frenesí por restregarse la cara, los senos y el cabello. Quiere limpiarlos, eso es todo. Limpiarlos de algún contacto viscoso, nauseabundo y nefasto que la esclaviza a todas horas.

Grant Talbot refunfuñó:

—¿No es posible hacerla hablar conscientemente aunque sólo

sea un momento?

—Lo dudo. Se ha encerrado en un mundo de sombras en el que no tiene cabida nuestro propio sentido de los valores. Aunque quizá sea mejor que lo vea por usted mismo.

—De acuerdo.

Laurie se levantó, dispuesta a seguir a los dos hombres. El médico la tomó del brazo, deteniéndola.

—Será mejor que te quedes aquí, Laurie —dijo—. No es agradable el estado de tu amiga. Espéranos aquí —repitió suavemente.

Ella titubeó, pero los dos hombres salieron y el médico cerró la puerta.

Mientras subían un tramo de escaleras, dijo:

—Habría que ahorcar a los responsables que conducen a esas chicas hasta esa situación, Talbot.

—Si eso pudiera hacerse habría que ahorcar a mucha gente... Realmente, doctor, ¿está tan mal esa chica?

—Peor. Se ha arañado de manera terrible al tratar de limpiarse la piel de lo que sea que ella cree que la ensucia. No tiene buen aspecto.

Se detuvo ante una puerta cerrada. Una enfermera se levantó de una silla al final del pasillo.

El doctor preguntó:

—¿Cómo se encuentra ahora?

—Parece haberse calmado después de hacer trizas sus ropas. Hace unos minutos estaba echada sobre la cama, sollozando.

—Bien, abra la puerta, por favor.

La mujer obedeció. Era alta, recia, pero su rostro tenía una extraña dulzura.

La habitación tenía las paredes acolchadas y carecía de todo mueble, a excepción de la cama metálica. La ventana estaba velada por su lado exterior por una reja artísticamente forjada, pero recia como la de una cárcel.

Sobre la cama, una muchacha levantó la mirada al oírles entrar.

Grant sintió un escalofrío ante aquellos ojos desorbitados, que le miraron como si más allá de las pupilas no hubiera nada, sólo el inmenso vacío del infierno.

—¿Alma? —murmuró.

—¡Fuera!

Su voz chirriaba.

El médico sentóse al borde del lecho.

—¿Cómo se siente querida?

—La ducha... ¿dónde está la ducha, cuándo dejarán que me lave?

Tenía el rostro surcado por profundos arañazos. Arañazos que descendían por su cuello y desaparecían bajo el holgado pijama.

Sus largos cabellos del color del oro viejo estaban desgredados, enmarañados de manera terrible.

—Por la mañana, Alma —dijo la enfermera—. Ya se lo dije. Podrá bañarse por la mañana.

—¡No puedo... esperar...! ¿No se dan cuenta?

Grant encajó las mandíbulas. Era una imagen patética la de aquella pobre muchacha hundida en un infierno en plena juventud.

De pronto dijo:

—¿Qué es to que quiere quitarse de la piel, Alma, la sangre?

Ella pegó tal salto que quedó de pie fuera de la cama.

—¡Lo sabía! —rugió—. ¡Sabía que no había podido... limpiarme...!

El médico se levantó, rígido.

—¿Sangre? —balbuceó—. ¿Qué diablos...?

—Espere, doctor. Quizá si estalla todo lo demás.

—Pero ¿de dónde ha sacado usted la idea de la sangre?

—Ella quemó un vestido... las ropas que llevaba cuando llegó a su apartamento. Laurie recuerda que había manchas de sangre en esas ropas.

—Ya veo. ¿Es cierto que tienes sangre en la piel, Alma?

La pregunta fue hecha con suavidad, pero la muchacha retrocedió horrorizada.

—¡Todos la ven! —chilló—. ¡La sangre... goteando... caliente sobre mí... ensuciándome...!

—¿Dónde sucedió eso, Alma?

—En el caserón... Alguien trajo... trajo...

—¿Qué?

—El demonio... aquel enorme murciélago...

Sus ojos parecían a punto de saltarle de las órbitas. Empezó a temblar violentamente y hubo de apoyarse de espaldas a la pared.

De nuevo Grant tomó la palabra.

—¿Estaba allí Murdock? Allan Murdock... tú le conoces.

—Allan...

—Recuerda, Alma. ¿Estaba allí?

—No... ¡Oh, si él hubiera estado a mi lado...!

—¿Cuándo le viste por última vez?

—¿A Allan?

—Sí.

—Se fue... Dijo que le esperase... El me quería. ¡Me quería!

Su voz se extinguió con un agudo quejido.

El médico murmuró:

—No va a soportarlo por mucho tiempo. Está al borde de una crisis, Talbot.

—Espere... ¿Por qué no fue a reunirse contigo?

—Se fue. Me abandonó. Eso lo provocó todo... no pude soportarlo... él... era todo para mí...

—¿Dónde te había citado, lo recuerdas?

—Quiero limpiarme... necesito bañarme... ¡Por favor, por favor!

—¿Dónde, Alma? El te citó en algún lugar. ¡Tienes que recordarlo!

—The Range... Yo esperé toda la noche... ¡Toda la noche!

De pronto se derrumbó y quedó hecha un ovillo en el suelo, sollozando histéricamente y murmurando frases ininteligibles. De un zarpazo se desgarró el pijama y comenzó a frotarse salvajemente sus ya arañados senos.

La enfermera se precipitó hacia ella.

Grant salió al pasillo y encendió un cigarrillo. Creía sentir un sabor nauseabundo en la boca.

The Range era justamente el parador donde había localizado el abandonado coche de Allan Murdock.

Unos minutos después, el doctor Haywod se reunió con él. Ceñudo, murmuró:

—Empiezo a darme cuenta de que este asunto tiene unas implicaciones de las que ni siquiera había sospechado. Creo que avisaré a la policía, Talbot.

—¿Por qué?

—Todo este asunto de la sangre. No sé qué pensar.

—Si mete a la policía en el caso será tanto como dar publicidad

al estado de esa pobre muchacha.

—Lo sé, pero es una responsabilidad con la que no puedo cargar así como así. Arriesgo mi propia clínica, Talbot, supongo que se da cuenta.

—Espere un poco, doctor. Por lo menos hasta que yo haya localizado ese caserón de que habló Alma. Quizá todo se reduce a una estupidez como esa de adorar al diablo y cosas por el estilo. Oiga, ahora que se me ocurre... ¿Hacen sacrificios esos idiotas?

—¿Qué?

—Esas ceremonias negras, o como las llamen. ¿Las celebran sacrificando animales, como el vudú, por ejemplo?

—No lo sé, aunque si fuera así eso explicaría la sangre, ¿no le parece?

—Tal vez. ¿Qué va usted a hacer, doctor, esperará unos días?

—Sólo por Laurie. Adoro a esa chiquilla, y me une una profunda amistad con su familia. Esperaré.

—Lo celebro.

—En compensación —sonrió el médico—, dejaré que sea usted quien le explique a ella la situación de Alma. Las dos muchachas estaban muy unidas.

—No me hace usted ningún favor, pero lo haré. Y creo que la invitaré a cenar también, aunque sólo sea para suavizar el golpe.

—Talbot, si yo tuviera unos años menos no dejaría que fuera usted quien llevara a cenar a ese encanto de criatura... Buena suerte de todos modos.

—Gracias...

De este modo empezó una noche que pudo haber sido perfecta. Sólo que fue una noche macabra...

CAPÍTULO V

Grant apuró el café y encendió dos cigarrillos. Ofreció uno a la muchacha y arrancó una nube de humo del suyo.

—Ahora sabe usted tanto como yo —dijo—. ¿Qué le parece?

—Una pesadilla. Acepto que Alma cayera hasta el extremo de tomar drogas, pero nunca creeré que formara parte de una de esas satánicas orgías ni invocaciones del diablo.

—No obstante, está segura de haber visto un enorme, un gigantesco murciélago. Algunos de esos abyectos adoradores de Satanás suelen identificarlo con un gran murciélago.

—Bajo el delirio de la droga quizá creyó que veía formas diabólicas. He oído contar verdaderas monstruosidades de los efectos del LSD.

—Se me ocurre una cosa... Ella mencionó un caserón. ¿Tiene usted idea de ese lugar? No pueden haber muchos caserones dignos de ese nombre en la ciudad.

—La vieja residencia de los Darrow, quizá.

—¿Qué sitio es éste?

—Alma me había hablado de la vieja casona antes de hundirse en el vicio. Es una antigua residencia construida por un antepasado suyo y ahora abandonada. Está junto a un pantano y por lo que ella decía no es un lugar acogedor que digamos.

—Allí fue donde le sucedió lo que fuera que la manchó... esa sangre goteando sobre ella. Sangre caliente según sus palabras.

—¡Por favor! —se quejó la muchacha—. No estropee esta estupenda cena.

El sonrió. Exhaló el humo y dijo:

—Le presento mis disculpas. ¿Dónde está ese caserón, cómo puedo llegar hasta él?

—No sabría explicárselo. En realidad, nunca estuve allí, sólo conozco lo que ella dijo.

—¿Sería capaz de localizarlo?

—No lo sé... probablemente.

—Ajá. Un caserón en un pantano; una noche de luna y usted y yo solos allí. ¿No le parece un programa excitante?

—¡Un momento! ¿Quiere decir que piensa ir allí esta noche?

—Claro.

—¡Ah, no! De noche no cuente conmigo.

—Creí que era usted una mujercita valiente, Laurie. Además, pensé que estaba ansiosa por ayudar a su amiga.

—Lo estoy, naturalmente.

—Entonces, me guiará esta noche.

—¿Por qué no mañana? Tengo el día libre y...

—Pero yo no, estoy muy ocupado durante el día.

—Sea sincero conmigo, Grant, por favor. ¿Qué se oculta detrás de su interés por Alma? Porque imagino que no esperará usted hallar a Murdock en la vieja casa de los Darrow...

—No lo sé. Murdock citó a Alma en un parador, pero luego no acudió a la cita. Ya nadie ha vuelto a verlo. ¿Estaba usted enterada de eso también?

Ella desvió la mirada.

—Sí, lo sabía. Alma se enamoró de Allan Murdock perdidamente, y él de ella al parecer. Le confesó que iba a separarse de su mujer, una Greeley, como ya debe saber usted.

—Lo sé.

Ella dio un respingo.

—¡Debí imaginarlo! —exclamó—. Trabaja usted para la esposa de Murdock, ¿no es cierto?

—No.

—Entonces, ¿quién le contrató?

—No puedo decírselo, pero no fue esa devoradora de hombres en todo caso.

Aplastó la colilla en el cenicero y llamó al camarero. Abonó la cuenta y mirando fijamente a la muchacha, murmuró:

—Busco a Allan Murdock, pero es posible que incidentalmente pueda ayudar a su amiga. ¿No es esa suficiente razón para que sea usted mi guía esta noche?

—Lo presenta usted de un modo que no me deja ninguna alternativa. Iré con usted, Grant.

Los brillantes conos de luz de los faros barrieron las tinieblas, mostrando la desconchada fachada de la vieja casona. Parte de los muros estaba cubierta por el entresijo de plantas trepadoras, aferradas a la piedra encaramándose hasta las ventanas del piso superior.

La vegetación crecía en plena anarquía en torno al edificio. El hedor del pantano flotaba en la atmósfera mezclado con la viscosa humedad.

Grant detuvo el auto delante del portalón entornado y paró el motor, pero dejó los faros encendidos.

Entre dientes masculló:

—No podían haber elegido un lugar más idóneo para sus ceremonias negras, o sus orgías diabólicas. Un sitio así haría las delicias de cualquier director de películas de terror, ¿no te parece?

—Lo que menos siento ahora son deseos de bromear, Grant.

—Tómalo con calma. No es más que una vieja casa, eso es todo.

—Siento escalofríos.

—Por la humedad seguramente.

—¡Cuernos! Por el miedo, ni más ni menos.

El se echó a reír y se apeó. La muchacha salió por el otro lado del coche y miró en torno.

Una sombra veloz pasó casi rozándole los cabellos y se perdió en la negrura. Ella no pudo evitar un grito y se agazapó junto a la carrocería.

—Sólo era un murciélago, Laurie —exclamó Grant—. Debe haberlos a docenas por estos contornos, así que no hay por qué tenerles miedo.

—¡Murciélagos! Era lo único que me faltaba. ¿No recuerdas lo que Alma dice respecto a un gigantesco murciélago?

—Bajo los efectos de las drogas no me sorprendería que viera incluso elefantes de colores. Vamos, echemos un vistazo ahí dentro.

—Quisiera irme a casa, Grant —se quejó Laurie.

—Agárrate a mí, así compartiremos los sustos.

—¡Maldita sea! ¿No puedes hablar en serio?

—Sólo trato de animarte. Anda, vamos.

Ella se aferró a él con dedos que temblaban. Grant encendió una poderosa linterna eléctrica y ambos penetraron en el polvoriento y destartado interior de la vieja casa.

Talbot olfateó el aire corrompido y gruñó:

—De cualquier modo, es cierto que esto huele a diablos... Me pregunto si habrá luz en alguna parte.

—Ahí hay velas... y un quinqué de petróleo.

El encendió las velas y el quinqué. Sin embargo, al apagar la linterna les pareció que de nuevo les envolvía la oscuridad.

—Todo esto resulta nauseabundo, ¿no te parece? —susurró la muchacha.

—Apesta, si es eso lo que quieres decir.

Había algunos viejos muebles derribados aquí y allá. En un rincón, encontraron un elegante zapato de mujer cubierto de polvo. Más allá, Grant descubrió unos breves y afiligranados sujetadores.

—Esto da la impresión de que alguien salió de aquí muy aprisa. ¿No te parece?

—Vuelvo a sentir escalofríos, Grant.

—Trata de pensar con sentido común. Sólo son un zapato y unos sujetadores de muchacha, nada más.

—¿Y eso?

Señaló hacia una silla tirada. Bajo ella había una blusa desgarrada. De un clavo en la pared colgaban unos pantalones tejanos, sucios y deshilachados.

El gruñó:

—No sé si invocan a Satanás o no, pero en todo caso lo hacen sin ropas... ¡Maldita pandilla de degenerados...!

Empujó una puerta y apareció una gran estancia desprovista de muebles a excepción de una cama y un diván. Tanto lo uno como lo otro estaban desvencijados y sucios. De nuevo encendió su linterna para barrer las tinieblas de los rincones del enorme salón.

Algo aleteó violentamente sobre sus cabezas. Laurie lanzó un grito cuando un puñado de murciélagos se desprendieron del techo y revolotearon huyendo de la luz. Al fin localizaron la ventana rota y abierta de par en par y salieron como flechas negras.

—Vamos, vamos, tranquilízate —murmuró Grant, enlazándola por la cintura con su mano libre—. No hay nada que temer de esos animales.

—Son... siniestros, ¿no te parece?

—Bueno, pero también son inofensivos.

Paseó la luz de la linterna en torno. Barrió las sombras de la

cama y el diván.

Dio un respingo y dirigió de nuevo la luz a éste.

Laurie contuvo el aliento.

El detective masculló:

—Creo que hemos dado con la fuente del terror que atrapó a tu amiga...

Las grandes manchas salpicaban la sucia tapicería y se extendían fuera de ella, hasta el sucio suelo. Manchas oscuras, parduscas, tan siniestras como su significado.

Talbot recordó las palabras de Alma. Gotas calientes salpicándola...

Levantó la luz y la mirada. En las grietas de las tablas del techo descubrió lo que esperaba.

—Sangre —susurró Laurie—. Es sangre, ¿no es cierto?

—Eso parece. Y goteó desde el piso superior. Creo que ya entiendo lo que sucedió con tu amiga... Ella debió caer sobre este diván, inconsciente, sumergida en el abismo de la droga. La sangre goteó sobre ella empapándole la cara, los cabellos, el busto... Después, algo la despertó y la impresión viscosa de la sangre le borró los efectos de lo que fuera que había tomado. Pero la impresión le provocó un *shock* peor aún...

—Pero la sangre, Grant... ¿De qué pudo proceder?

—No lo sé, aunque subiremos arriba para ver si queda algún rastro. Tal vez se dedicaron a ofrecer sacrificios a Satán. También los sacerdotes vudú sacrifican gallos y corderos.

—Grant...

—No temas. Sea lo que sea que sucedió, fue hace varios días.

—¿No notas nada?

—¿A qué te refieres?

—No lo sé... Es como si nos estuvieran vigilando... —Su voz se convirtió en un susurro—. Como si hubiera unos ojos diabólicos espiando cada uno de nuestros movimientos... los siento sobre mi piel...

El detective sacudió la cabeza.

—No empieces a perder el control ahora. No hay ojos ocultos ni fuerzas diabólicas procedentes de las tinieblas. Sólo estamos tú y yo, pequeña. ¿O temes a esos inocentes murciélagos?

—No... a ellos no...

El paseó el haz brillante de la linterna en torno a la gran estancia demostrándole que estaban solos los dos.

—¿Tranquila ahora?

—Si no estuviera contigo creo que podría volverme loca yo también... Loca de... ¡GRANT!

El chillido fue tan agudo que pareció como si pudiera desgarrarle la garganta.

El se volvió en redondo, sujetándola entre sus brazos. Todo el cuerpo de la muchacha era sacudido por el terror.

—¿Qué diablos...? ¡Cálmate! ¿Qué te pasa?

—¡En la ventana, Grant!

El desvió la mirada. El ventanal roto y abierto era una mancha un poco más pálida que el resto negro de la habitación.

—No hay nada allí. Estás obsesionada por todo lo que se ha hablado esta noche. Convéncete tú misma. La ventana está desierta.

—¡Estaba allí, Grant!

—¡Condenación! ¿Qué es lo que había allí?

—¡Esa cosa negra...!

—¿Qué?

—Quizá una sombra..., pero se movía. Parecía... parecía...

—¡Acaba de una vez!

—Un gran murciélago.

El se estremeció.

—No creí que fueras tan impresionable —gruñó—. Oíste lo que Alma creyó ver y se te ha metido en la cabeza que esa cosa puede existir. ¿No te das cuenta que es una tontería? Viste los murciélagos antes..., simples y pequeños animales inofensivos.

—Pero estaba allí... y se movió velozmente cuando yo grité. ¡Y estaba mirándonos, Grant!

El suspiró.

—Será mejor que demos un vistazo arriba y regresemos a la ciudad. Te dejaré en tu apartamento y luego regresaré para examinar todo esto con calma. Pero antes, ven.

La llevó hacia la ventana, sujetándola entre sus fuertes manos. Sentía todo el grácil cuerpo femenino estremecerse en espasmos de temor.

—Convéncete. No hay nadie ahí fuera, sólo los arbustos, y esa húmeda pestilencia del pantano.

Calló y dejó que ella paseara su temerosa mirada por el exterior. De la noche y del pantano se elevaban extraños sonidos nocturnos.

—Si alguien se moviera ahí fuera lo veríamos gracias al resplandor de los faros del coche. ¿Te convences ahora?

Ella asintió en silencio. La esquina del edificio se distinguía perfectamente porque la luz de los faros la recortaba contra la oscura noche.

—Ven, daremos un vistazo arriba y luego te llevaré a casa.

—No te apartes de mí, Grant.

—Voy a tenerte tan apretada que no podrás respirar. Y te juro que no será ningún sacrificio para mí.

Alumbrándose con la linterna, subieron los chirriantes escalones de madera. Arriba vieron un amplio pasillo y un par de puertas abiertas. Otra más grande estaba cerrada, al fondo.

El detective se detuvo un instante, orientándose.

—La habitación sobre la sala de abajo debe ser esta de ahí..., a la derecha.

Se detuvieron en el umbral y él dirigió la luz de su potente linterna al interior.

El alarido de Laurie hizo temblar las paredes; antes de extinguirse, las piernas se le doblaron y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VI

Grant Talbot maldijo en todos los tonos mientras sostenía a la muchacha entre sus brazos. No podía manejar la linterna con soltura, pero lo que había visto durante unos instantes de pesadilla estaba aún grabado en sus retinas.

El cuerpo de una muchacha desnuda tendido sobre el suelo, con la garganta espantosamente desgarrada y una enorme mancha oscura a su alrededor.

El rostro destrozado de la desgraciada era una máscara espeluznante, en el cual los inicios de la descomposición contribuían a que fuera todavía más nauseabundo.

Retrocedió, dejando a Laurie tendida en el pasillo. La examinó, preocupado, convenciéndose de que respiraba agitadamente bajo la inconsciencia.

Regresó a la habitación y se inclinó sobre el cadáver. Era el de una muchacha que apenas si habría cumplido veinte años, aunque el tiempo transcurrido desde su muerte parecía haberlo envejecido.

Hasta que se levantó no descubrió el otro cadáver tendido en un diván. Apretó las mandíbulas y, dominándose, se acercó a él.

Éste era el de un hombre joven y musculoso. Un cuchillo de empuñadura carcomida estaba hundido en su pecho hasta la cruz.

La luz de la linterna le reveló que no había otra cosa que ver en todo el cuarto. Dominando las náuseas, volvió al lado de Laurie.

Al inclinarse para levantarla, descubrió el pequeño bolso tirado junto a la pared.

Abriéndolo, dio un vistazo a su contenido. No había mucho que ver; un llavero con dos llaves pequeñas, un paquete casi vacío de cigarrillos y un estuche de cerillas, algunas monedas y un apretado fajo de billetes. Los billetes estaban sujetos por una goma elástica. La goma sujetaba también una diminuta cajita de metal.

La abrió. Contenía tres pequeñas cápsulas.

Sus dientes chirriaron furiosamente.

Drogas.

Estaba a punto de cerrar el bolso cuando descubrió la cartera en el fondo. No era más que un delgado estuche conteniendo una licencia de conducir a nombre de una tal Agnes Debs. La fotografía mostraba a una chica de rostro redondo y ojos grandes y bovinos.

Al fin cerró el pequeño bolso, guardándolo en un bolsillo, y dedicó toda su atención a la desvanecida Laurie.

Tardó un tiempo que se le antojó eterno en recobrar el sentido. Lo hizo con un violento espasmo de agónico terror y sus ojos se desorbitaron tan pronto los abrió.

—Estoy aquí, linda, no temas —murmuró.

—¡Grant!

—Ya sé, ya sé. Fue horrible lo que viste. Ahora olvídalo y trata de serenarte lo suficiente para sostenerte de pie. Vamos a largarnos de aquí a escape.

—¿Era... era una mujer, Grant?

—Sí.

—¿Qué le hicieron?

—Mejor olvídalo.

La ayudó a levantarse. Instintivamente, ella se abrazó a su cuello, sacudida por violentos estremecimientos.

Sintió el cuerpo tembloroso entre las manos y notó una extraña ternura, algo profundo y limpio como no experimentara nunca antes. En otras circunstancias ese descubrimiento le hubiera dado materia en qué pensar, pero en aquellos momentos todo lo que deseaba era sacar a la joven de ese antro pestilente.

De modo que la llevó casi en vilo hasta las escaleras y, guiándose con la luz de la linterna, descendieron poco a poco.

Abajo, ella se detuvo recostándose contra la carcomida barandilla.

—Grant..., fue la sangre de esa chica la que..., la que ensució a Alma...

—Seguramente.

—No me sorprende su estado. Debió ser espantoso.

—Si Alma vio lo que había arriba debió ser algo más que eso. Además de la joven, había un hombre muerto en un diván.

Ella dio un salto, enderezándose.

—¡Grant! —chilló de pronto—. Sácame de aquí...

—Vamos... Afuera tenemos la luz del coche y...

Se detuvo en la puerta como herido por un rayo.

Allí no había ninguna luz. Impenetrables tinieblas sumergían los alrededores en un profundo pozo de negrura.

Laurie gimoteó:

—¡El coche..., se lo llevaron!...

—No digas tonterías. Habríamos oído el motor. Debe haberse agotado la batería, eso es todo.

—¿Así, de súbito?

—Mira.

Dirigió la luz de la linterna hasta que la carrocería del coche brilló bajo el resplandor.

Ella no pudo contener un largo suspiro de alivio.

—Démonos prisa —jadeó.

La llevó hasta el coche y abrió la portezuela. Con un gesto brusco accionó el botón de las luces y éstas se encendieron, brillantes, con toda su potencia.

—¡No fue la batería! —jadeó Laurie—. ¡Alguien las apagó!

—Tienes razón, pequeña... Parece que alguien quiere jugar al escondite.

Obligó a la muchacha a introducirse en el auto y él abrió el compartimento de los guanés. Tanteó en él hasta que sus dedos se cerraron en torno a la sólida culata de su pesada «45».

—Te aseguro —dijo, rechinando los dientes— que este «exorcismo» le dará un disgusto al más bribón de los enviados de Satanás, murciélago o no...

—¡Grant, vámonos de aquí!

—¡Silencio!

—¡Por Dios, llévame a casa!...

—¡Calla! Creí oír...

Se interrumpió cuando un alarido vibró en el silencio de la noche.

Fue un aullido bestial, agudo y lacerante como una cuchillada que se extinguió apenas iniciado, pero su eco se multiplicó en las profundidades pantanosas antes de diluirse en el silencio.

Laurie se llevó los puños a la boca para ahogar su propio terror, mientras Talbot permanecía inmóvil junto al coche, agazapado,

tenso como un tigre al acecho, con la pistola empuñada y lista para abrir fuego.

—Sonó en el camino —musitó—. No te muevas de aquí.

Ella dio un brinco en el asiento.

—¡No me dejes sola, Grant; me volvería loca de espanto!...

—Ha sido una mujer quien ha gritado... Tal vez necesite ayuda.

—¡No teayas!

El titubeó. Impaciente, dirigió el cañón de la pistola hacia el camino invisible y apretó el gatillo.

El atronador estampido de la automática retumbó, haciendo añicos el silencio de la espesura. Todo otro ruido nocturno se extinguió y cuando el eco del disparo se apagó reinó un silencio pesado, denso y viscoso que hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Laurie tartamudeó:

—¿Contra quién... disparaste?

—Contra nadie, pero si alguien atacaba a una mujer, ahora sabe que tendrá que enfrentarse con alguien que no le teme a ningún enviado del infierno. Déjame sitio, querida.

Se deslizó tras el volante y pulsó la puesta en marcha. El motor rugió y casi al instante hizo dar la vuelta al auto, enfocando el camino con los faros.

Condujo despacio alejándose del caserón, escrutando los bordes del camino, cuya grava chirriaba bajo los neumáticos.

Descubrió el bulto apenas medio minuto después y detuvo el coche.

Saltó a tierra y se inclinó sobre el cuerpo, dándole la vuelta.

Era el de una mujer joven de rostro redondo. Sus ojos estaban desorbitados y la sangre brotaba a borbotones de su desgarrada garganta.

No obstante, la muchacha aún alentaba. Sus labios se movían con terrible angustia.

Grant exclamó:

—¿Puede oírme?

Un bronco estertor fue todo lo que obtuvo como respuesta. La sangre se desbordó de la boca anhelante que luchaba desesperadamente para absorber el aire que ya nunca llegaría a sus pulmones.

—¿Puede hablar? Dígame quién fue..., quién la atacó...

A cada esfuerzo de la muchacha por hablar, una nueva catarata roja desbordaba de sus fauces desencajadas. De pronto, sus ojos quedaron fijos en algún punto sobre la cabeza de él, con una mirada desorbitada y ansiosa.

El ladeó la cabeza. Todo lo que vio fue un murciélago que revoloteaba muy bajo, pequeña y negra sombra de la noche.

Cuando volvió la atención a la desgraciada joven, ésta había muerto.

Se irguió poco a poco.

Desde la ventanilla, Laurie susurró:

—¿Pudo decirte algo?

—No...

Repentinamente, algo pareció agitarse en la profundidad de la espesura. Luego, como un eco que viniera de muy lejos, los dos captaron un extraño quejido. O quizá fuera el agudo graznido de un ave nocturna...

En todo caso, fue algo muy semejante a una risa bronca y burlona que se perdió en el mar insondable de tinieblas.

De modo incongruente, Talbot pensó que si el diablo era capaz de reírse, debía hacerlo de un modo parecido a ese sonido inquietante que acababan de oír.

Volvió tras el volante y gruñó:

—No podemos hacer nada por ella, Laurie. Mejor será largarnos y llamar a la policía.

—¿Está...?

—Muerta, desde luego.

—Grant... ¿Qué crees que haya podido desgarrarle la garganta de ese modo?

—No tengo la menor idea. Eso deberá aclararlo el forense.

Hundió el acelerador y el coche brincó por el camino desigual.

Al desembocar en la carretera trató de relajarse, pero su mente era un caos en el que nada parecía tener el menor sentido.

Ninguno de los dos despegó los labios hasta que detuvo el coche frente a los apartamentos donde vivía Laurie.

Ella susurró:

—¿Vas a entrar?

—Si no vas a tener problemas con tus vecinas, sí.

—Aquí nadie se preocupa por estas cosas. Además, creo que me volvería loca si ahora me quedase sola.

—Antes he de encontrar un teléfono.

—Lo hay en mi apartamento.

—Ése no me interesa. Podrían rastrear la llamada...

—Hay una cabina en la esquina entonces. Pero yo iré contigo.

—Está bien.

Llamó a la policía y con palabras escuetas dio cuenta de lo que había descubierto en la casona, aunque sin mencionar su nombre en absoluto.

Colgó antes que el policía que recibía la llamada pudiera hacer nada para localizar su origen.

—Hecho —murmuró—. Ya tienen un buen embrollo que resolver.

Subieron al apartamento y ella cerró la puerta con llave, recostándose contra ella y mirando fijamente a Talbot.

—Ojalá todo esto hubiera sido sólo una pesadilla —musitó, entre dientes—. Ahora despertaría y comprobaría que ese horror quedaba atrás definitivamente...

—Yo no soy ninguna pesadilla y estoy aquí, contigo.

—Afortunadamente. Tú eres real, sólido, alguien en quien apoyarse..., un refugio seguro...

Se arrojó entre sus brazos y él la sostuvo apretada contra su pecho, sintiéndola latir en sus manos, notando su aliento en la mejilla.

Cuando ella se movió, sus labios quedaron tan cerca que Grant sólo necesitó inclinar un poco la cabeza para apretarlos contra su boca, absorbiendo con el beso su angustia hecha aliento, infundiéndole al mismo tiempo el calor de la vida, haciendo que las pesadillas huyeran lejos de ella, barridas por el huracán que el beso desencadenaba...

Cuando la libró de la ardiente caricia, ella susurró:

—Debería odiarte, Grant...

—¿Por qué?

—Tú trajiste contigo todo este espanto.

—Puedo traerte sensaciones más agradables también.

—Lo sé. Por eso estoy en tus brazos ahora...

Volvió a besarla una y otra vez y poco a poco Laurie olvidó el

horror de aquella noche.

CAPÍTULO VII

La cara del anciano, con su piel como pergamino viejo, se contrajo en una mueca.

—Siempre pensé que Allan buscaría en otra mujer el amor y la ternura que mi hija nunca supo darle —refunfuñó—. Lo que no comprando es el resto, Talbot.

—Le confieso que yo tampoco. No cabe duda que estaban citados en el parador Allan Murdock y esa muchacha. Ella esperó toda la noche sin que él apareciera, a pesar de que Allan acudió de algún modo a su cita. Lo demuestra el hecho de que su coche apareciera en las inmediaciones.

—¿Es seguro que no se presentó? Tal vez esa mujer miente por alguna razón.

El detective sacudió la cabeza.

—No lo creo. En las circunstancias en que ella habló no es fácil que mintiera. Además, el aparente abandono de él la destrozó materialmente. Ella estaba enamorada de Allan, señor Greeley, de eso no me cabe ninguna duda.

—Si es así, al parecer Allan también amaba a esa muchacha... ¿Qué supone que se interfirió en su cita?

—Tal vez alguien le impidió a él acudir.

—Más claro, Talbot... Ya no estoy en condiciones de resolver acertijos...

—Se me ocurre que sólo una fuerza muy poderosa pudo impedir que Murdock se reuniera con la mujer por la que estaba dispuesto a separarse de su esposa.

—Creo que está dando vueltas en un círculo sin fin, sólo para eludir la verdadera respuesta.

—Lo cierto es que no tengo esa respuesta todavía.

—Con franqueza, Talbot. ¿Opina usted que Allan está muerto a estas horas?

—Ésa sería una respuesta concreta si pudiera comprobarse. Pero existen muchas otras tan plausibles por lo menos como ésta.

—Por lo menos, sabemos que se había enamorado de una chica. Y que pensaba mandar al infierno a Evelyne. Eso es un consuelo después de todo.

—¿No acostumbraba él a hacerle confidencias a usted?

—Si se refiere a confiar en mí hasta el extremo de decirme que pensaba darle un puntapié a mi hija, no, Talbot. Nunca me dijo nada al respecto.

—Está bien, seguiré investigando.

—Llegue hasta donde sea preciso y no se detenga por nada, Talbot; y menos que por nada, por mi hija...

—¿Sabe que intentó sobornarme para que abandonara el asunto?

—Estaba seguro de que lo haría —gruñó el anciano, sin parecer por ello disgustado—. ¿Cuánto le ofreció?

—Mucho dinero.

—¿No se ofreció ella misma como parte de su soborno?

Grant se levantó, incómodo.

—Usted parece conocerla muy bien, señor Greeley —rezongó.

—Demasiado, tanto a ella como a su hermanastra. De todas las equivocaciones que he cometido en mi larga vida, la peor fue tener hijas y casarme dos veces. Váyase ahora, Talbot. Estoy cansado..., terriblemente cansado.

—Volveré a verle cuando tenga algo más que decirle.

Salió de la húmeda y cálida habitación. Fuera, el impasible mayordomo le aguardaba para acompañarle a la puerta.

Como la vez anterior, en esta ocasión hubo cierta alteración en el programa.

Grant se disponía a subir a su coche cuando tras él alguien dijo:

—Vuélvase, detective.

Giró sobre los talones.

No se trataba de Evelyne, pero sí de otro ejemplar de la misma especie, aunque más joven y con un atuendo más llamativo.

El atuendo se reducía a un brevísimo bikini blanco, que sobre su piel dorada y tersa resaltaba escandalosamente, poniendo de manifiesto su absoluta impotencia para ocultar nada.

Por lo demás, la muchacha tenía un rostro delgado, de pómulos

muy pronunciados, ojos pequeños y con una extraña mirada apagada, y una boca que en todo momento parecía pronta a derramar raudales de fuego.

Fue aproximándose a él, moviéndose perezosamente hasta casi rozarle. Entonces se detuvo y siguió mirándole fijamente a la cara.

El sostuvo el escrutinio. Al inclinar la mirada hacia abajo se hundió en el abismo que se abría entre sus senos y que el bikini ni siquiera disimulaba.

—Yo soy Gertie —dijo, runruneando como una gata—. Y usted se llama Grant. Ya ve que le conozco.

—Soy un tipo muy popular.

—Y muy apuesto. Me gusta.

—Ésta sí que es una gran cosa.

—¿Qué le ha dicho al viejo? ¿Encontró ya al querido Allan?

—Aún no.

—Si fuera amable conmigo, Talbot...

—¿Sí?

—... Quizá pudiera ayudarle.

El estaba fascinado por la expresión insondable y vacía de aquellos ojos agudos. Parecía esconderse todo un mundo tenebroso en sus profundidades.

—¿De qué modo? ¿Sabe algo de Murdock, aparte de que se esfumó?

—Podiera ser. ¿No vas a besarme ahora?

Irguió la cabeza, ofreciéndole los labios entreabiertos. Los tenía húmedos y un hilillo de espuma se deslizaba de una de sus comisuras.

El se estremeció al darse cuenta de que aquella muchacha no era normal, de que algo quedaba fuera de su control al ofrecerse de ese modo a un perfecto desconocido.

—Hábleme de Murdock primero —dijo.

—Olvídate de él..., no es nadie, sólo un recuerdo que se fue.

Apoyó su mano en el pecho de Talbot y pareció tantear sus músculos. Sonrió de aquella manera vacía y entonces, lentamente, sin dejar de mirarle, comenzó a soltarle los botones de la camisa uno a uno.

—Eres muy fuerte..., un hombre poderoso...

Grant retrocedió un paso, sacudiéndose aquella mano viscosa de

encima.

—Equivocó la táctica, nena —gruñó—. La táctica y, el lugar. Ahora debo irme.

—Puedo rectificar ambas cosas.

Seguía mirándole con fijeza, rígida ante él, casi desnuda.

Grant empezaba a preocuparse cuando Vio aparecer a Evelyne por la esquina de la casa. No pudo contener un suspiro de alivio.

La hija mayor de su anciano cliente apresuró el paso al tiempo que exclamaba:

—¡Gertie, deja en paz al fisgón!

Gertie se revolvió como una serpiente.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿También es algo tuyo?

—No seas absurda. Trabaja para papá. ¿Pretendes que le vaya con la historia de que tiene una hija ninfomaniaca?

—En todo caso, debería decirlo de las dos. Tú...

—Ve a vestirme. Deberías darte por satisfecha con tus escapadas nocturnas.

Por un instante, Grant pensó que Gertie se disponía a saltar sobre su hermana. Su cuerpo se tensó, vibrando de deseo y de cólera, retenidos a duras penas. Sus dientes rechinaron con violencia y su respiración se hizo jadeante.

Mas Evelyne no se detuvo, sino que siguió acercándose, resuelta, hasta pararse frente a la agazapada muchacha.

—He dicho que fueras a vestirme —repitió, tajante.

Gertie lanzó un largo suspiro y se relajó de pronto. Sonrió, pasándose la lengua por los labios.

—Te lo cedo —runroneó, con una vacía sonrisa—. Pero no por mucho tiempo, hermanita..., no por mucho tiempo.

Sorteó a su hermana y se fue, contoneándose exageradamente.

Entre dientes, Grant gruñó:

—Gracias por salvarme.

—Usted habría sabido escabullirse sin mi ayuda de todos modos. ¿Va a la ciudad?

—Seguro.

—Lléveme con usted.

—Claro. ¿Qué le pasó a su bolido? ¿Lo enroscó contra un poste?

Abrió la portezuela para que ella se acomodara en el asiento.

Desde allí, dijo:

—Me lo robaron. Se esfumó anoche.

—¿De veras?

Puso en marcha el motor y deslizó el coche a lo largo del paseo de grava.

—Algún hijo de... Bueno, lo tenía estacionado cerca de mi apartamento. Cuando fui a buscarlo ya no estaba. Fue así de sencillo.

—Quien fuera que se lo llevó debía tener un tornillo flojo. Ese coche es tan llamativo como un platillo volante. Le echarán el guante antes de que se dé cuenta siquiera.

—Espero que sea así cuando haya denunciado el robo.

El la miró de reojo, sorprendido.

—¿Es que no lo denunció?

—Aún no. Estaba muy cansada anoche... Tomé un taxi para regresar. Todo lo que hice fue maldecir al bastardo que me hizo esa jugarreta.

Grant enfiló la carretera y apretó el acelerador.

—A estas horas puede estar a mil millas de distancia —comentó—. Me gustaría saber qué tienen en la cabeza algunas mujeres en lugar de sesos.

—No tiene usted muy buena opinión de la familia Greeley...

—¿Le preocupa eso?

—En absoluto. ¿Qué sabe de mi queridísimo esposo, Talbot?

—Nada aún.

—Tengo la impresión de que está sacándole los cuartos al viejo a cambio de nada.

—Si ésa fuera mi táctica, hubiera aceptado lo que usted me ofreció ayer.

—¿Se refiere a los diez mil dólares o a mí?

—Ambas ofertas eran igualmente tentadoras.

Ella ahogó un gruñido.

—Supo disimular muy bien esa tentación —dijo, entre dientes. Luego, añadió—: ¿Quizá no soy su tipo de mujer?

—Sólo que me gusta elegirlas yo, eso es todo.

—Por lo menos, tengo el consuelo de que mi hermana no tiene tampoco ninguna oportunidad.

—Oyéndola, parece como si hubiera un pugilato establecido entre ustedes dos.

Ella se encogió de hombros y varió abruptamente de tema.

—Si localiza a Allan, puede decirle que he dado curso a mi demanda de separación. El se dará cuenta de que tengo todos los triunfos en la mano.

—Tal vez se alegre.

Metió el coche entre el tráfico de las calles y preguntó minutos después:

—¿Desea que la lleve a la jefatura?

—No esperaba que fuera tan amable conmigo, pero se lo agradeceré. ¿Sabe una cosa? Detesto la manera que tienen los taxistas de fisgarme los muslos a través del retrovisor.

El rió entre dientes y comentó:

—Usted no hace mucho por ocultarlos tampoco, y los taxistas son sólo hombres después de todo.

—¿Y usted?

—¿Yo, qué?

—Desde ayer me pregunto si realmente es un hombre.

Grant se echó a reír, al tiempo que acercaba el coche a la acera. Lo detuvo detrás de un auto-patrulla vacío y paró el motor.

—Espero que esa preocupación no le quite el sueño. Venga, la acompañaré dentro; tengo amistades entre los polizontes.

Entraron en el edificio. El sargento sentado detrás de la mesa puso unos ojos redondos como dólares de plata al ver a la mujer.

Grant dijo:

—Trátela bien, Jacobs. La señorita Greeley tiene un problema.

—Con mucho gusto... ¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

Grant Talbot la dejó ocupada en su denuncia y se dirigió a las escaleras. En el primer piso tomó un pasillo estrecho que terminaba en una puerta de cristal y llamó a ésta con los nudillos.

Una voz ronca gruñó:

—¡Entre!

Se coló dentro y cerró a sus espaldas.

El hombre que estaba sentado al otro lado de la mesa tendría alrededor de cuarenta años, era recio y su gran cabeza estaba coronada por una pelambrera hirsuta y gris.

—Hola, Devlin. Echaba de menos la peste de su pipa.

—Caray, Talbot en persona. Siéntese y cuénteme qué le preocupa.

—Nada concreto. Sólo que ayer estuve hablando de esto y aquello con cierto médico. El tocó el tema de los drogadictos, los fanáticos de mil supersticiones y cosas así. Algo de lo que dijo me intrigó y aquí estoy.

—¿De veras?

—Fue algo referente a ceremonias negras, adoradores del diablo y cultos satánicos. ¿Qué sabe de eso, teniente?

Devlin se recostó en su sillón. Achicó los ojos, perplejo.

—Yo también he oído hablar de estas cosas —dijo—, pero personalmente nunca he tenido que enfrentarme a un caso concreto. Dudo de que exista esa clase de fanáticos en Boston.

—Pero estará enterado de sus ritos, de cómo efectúan los sacrificios y convocan a Satán en medio de sus orgías...

—Se me ocurre que usted sabe más que yo al respecto. ¿Qué anda buscando realmente, Talbot?

—Se lo he dicho.

—No sé que realicen sacrificios de ninguna clase.

El teléfono sonó insistentemente. Devline gruñó al descolgarlo:

—Disculpe un momento... ¿Quién?

Escuchó y Grant le vio arrugar el ceño. Luego, captó la mirada aguda que le dirigió y le pareció que la atmósfera del despacho se enfriaba hasta el punto de congelación.

Al fin, y tras unos monosílabos insustanciales, el teniente gruñó:

—Está bien. No dejen que se vaya de momento.

Colgó y con gestos mecánicos empezó a liar un cigarrillo con dedos hábiles.

Cuando lo hubo encendido, dijo:

—Talbot, tenía la corazonada de que había algo concreto detrás de su visita. Lamento comprobar que no estaba equivocado.

—¿De qué demonios está hablando?

—De esa dama que ha traído usted.

—¿Evelyne Murdock?

—Ella dice que se llama Evelyn Greeley.

—Es una Greeley, hija del viejo William Greeley.

—Toda una institución en las finanzas de este país.

—No comprendo este sarcasmo. ¿Qué pasa con ella? Dijo que le habían robado el coche y la traje conmigo para que presentara la correspondiente denuncia.

—Claro, claro... Sólo que el coche se lo robaron anoche, según cuenta. Anoche, a primera hora, y no se le ocurre denunciarlo hasta esta mañana.

—Si conociera usted a las mujeres de esa dinastía no se sorprendería de nada, teniente.

—¿Ni siquiera de que el coche supuestamente robado apareciera en las proximidades del lugar donde se ha cometido un triple asesinato?

Grant pegó un saltó en la silla.

—¿Un asesinato triple? —balbució—. ¿Quiere decir...?

—El coche estaba oculto entre la vegetación, cerca de una vieja casa convertida en matadero.

Grant tardó un poco en replicar. Necesitó más de un minuto para serenarse y estar seguro de que su voz no le traicionaría.

—No he oído una palabra de esto hasta ahora —mintió—. Los periódicos de la mañana no publican nada de tres crímenes.

—He mantenido a la prensa fuera del asunto por el momento.

—De cualquier modo, no creo que abrigue la absurda idea de que Evelyne Greeley tenga nada que ver con los asesinatos... Tal vez el asesino robó su coche para desplazarse, eso es todo.

—Ella asegura que sólo le robó el coche...

—Efectivamente.

—No la desnudó, supongo.

—¿Desnudarla? Teniente, su sentido del humor está fuera de mi alcance esta mañana.

—Jamás tuve sentido del humor. Las iniciales de Evelyne Greeley son E. G.

—Y dice que no tiene sentido del humor —gruñó Talbot—. ¿Cómo le llama entonces a eso? ¡Claro que son E. G.!

Sin prisas, Devlin abrió un cajón de su mesa. Con las puntas de dos dedos tomó algo y lo elevó en el aire.

Algo cuajado de encajes, una verdadera filigrana de corsetería.

Grant quedó boquiabierto. Eras unos sujetadores.

Los mismos que viera en la vieja casona, tirados en el suelo.

—Hay unas diminutas iniciales en esa cosa —graznó Devline, con entusiasmo—. E. G. ¿Qué le parece? Y estaban también en el lugar de los crímenes. Nunca he sabido que las mujeres dejen estas chucherías en sus coches...

—Absurdo...

—Talbot, ¿quiere decirme para quién trabaja usted?

—Para el viejo Greeley.

—¿No está trabajando para la hija?

—Rotundamente no. Es más, ella y yo no estamos en muy buenas relaciones.

—Piénselo bien, porque si trata de embrollarme, se meterá en un buen lío.

—No tengo nada que pensar. Oiga, Devlin, todo esto es nuevo para mí. Cuénteme de qué se trata, ¿quiere?

—En otra ocasión. Ahora he de hablar con esa dama, y para esa entrevista no necesito su ayuda, así que adiós, Talbot. Ya sabe que siempre es bien recibido en esta casa.

La despedida rezumaba ironía, pero Grant sabía que era inapelable, de modo que se levantó mientras el teniente volvía a guardar la delicada prenda en su cajón y lo cerraba con un golpe seco.

—Espero que sepa lo que está haciendo, teniente —murmuró, como despedida—. El apellido Greeley significa mucho en este estado.

—No necesita recordármelo. Adiós, Talbot.

Cuando el detective llegó a la calle seguía sin salir de su estupor.

No le sorprendía el hecho en sí. Evelynne era una ninfomaníaca. O por lo menos, una mujer siempre ansiosa por probar nuevas sensaciones, de modo que no era descabellado pensar que hubiera tomado parte en alguna de las orgías que sin duda habían tenido lugar en el caserón de la muerte.

Lo sorprendente era que ella no recordara que había dejado el coche allí..., si es que realmente lo había tripulado ella.

Y si se lo habían robado, como afirmaba, aún resultaba más absurda la coincidencia.

De pronto se dio cuenta de que estaba rodeado de embrollos por todas partes, sin que nada de todo ello tuviera la menor relación con el trabajo por el que realmente le pagaban...

CAPÍTULO VIII

Grant dio un vistazo al rótulo del parador.

«The Range».

Pasó de largo ante el arco de la entrada y estacionó el coche un centenar de metros más adelante.

Allí era donde había encontrado el auto de Allan Murdock.

Se apeó y, encendiendo un cigarrillo, contempló el hermoso panorama de bosques que se extendía a su alrededor.

Consumió todo el cigarrillo mientras reflexionaba profundamente.

Murdock había llegado hasta allí con su coche. Acudía a una cita con la mujer de la que se había enamorado y por la cual estaba dispuesto a afrontar un proceso de divorcio, desafiando la ira de una mujer como Evelynne.

Sólo que no había entrado en el parador donde Alma le esperaba.

En lugar de hacerlo, había conducido el coche cien metros más allá... y se había esfumado.

El bosque se extendía descendiendo por la ladera, para elevarse al otro lado de una profunda hondonada, espeso, verde; un paraíso al que todavía no habían hincado sus garras las urbanizadoras ni la especulación.

Algo había impedido a Murdock reunirse con Alma, de eso no cabía duda, puesto que de otro modo el hombre habría corrido a los brazos de aquella mujer que le amaba y que estaba ansiosa por entregárselo. Y era una mujer de extraordinaria belleza además.

Encendió otro cigarrillo y echó a andar por el borde de la carretera. Al fin, se internó entre los corpulentos troncos y, sorteando la maleza, empezó a describir círculos en ella cada vez

más amplios, moviéndose con dificultad en la pronunciada pendiente.

Diez minutos después lo encontró.

Estaba hundido en un espeso zarzal.

Un cuerpo desmadejado, del que apenas se distinguía el color claro de su chaqueta.

Estuvo contemplándolo unos minutos. No podía verle el rostro, pero ni por un instante dudó de que se trataba del hombre que había estado buscando.

Después de pensarlo mucho, se abrió paso entre los espinos hasta lograr identificarlo.

Sin ninguna duda, era Allan Murdock.

Tenía un pequeño orificio en la nuca, producido por un proyectil de pequeño calibre. Juzgando por el agujero, la bala debía haberse alojado en el cerebro.

No obstante, había otros cuatro balazos en su espalda, los cuales habían sangrado poco.

Quien fuera que le había matado quiso asegurarse de que no quedaba en él ni un asomo de vida. Cinco balas, aunque fueran de un calibre tan reducido, eran suficientes para matar a un hombre normal, sobre todo con una agujereándole el cerebro...

Volvió atrás pensativo y preocupado. Sentado en el coche, siguió reflexionando obstinadamente. Después, lo puso en marcha y emprendió el camino de regreso a la ciudad.

El anciano le miró con ojos desolados. Había dolor en ellos, en aquella mirada desamparada.

Grant se preguntó de qué le servían todos sus millones a aquel viejo, si la amargura, la soledad y la incomprensión más absolutas le rodeaban con cruel indiferencia.

—Ahora ya no tengo nada por qué vivir —refunfuñó, con voz ahogada—. Allan fue mi único consuelo en los últimos tiempos.

—Hubiera preferido traerle mejores noticias, señor Greeley.

—Usted ha cumplido con su deber para conmigo. Se lo agradezco, así como lo que hizo por Evelyne.

—Me limité a enviarle un abogado tan pronto salí de jefatura, eso fue todo.

—Sabía que, algún día, cualquiera de ellas se metería en un sucio barrizal peor que los de costumbre. Cuando la policía la soltó

gracias a ese abogado que usted contrató, dejaron bien claro que seguía siendo sospechosa y que continuarían investigando en esa dirección. Talbot, a veces pienso que hubiera valido la pena morirme cuando ya no pude valerme.

—No diga tonterías, señor Greeley. Yo no creo que Evelyne tenga nada que ver en esos crímenes. Quizá tomó parte en alguna de esas..., este..., fiestas que...

—Orgías, Talbot. Puede llamar a cada cosa por su nombre. Y si esas orgías eran todo lo abyectas que yo imagino, ya puede jurar que ella intervino alguna vez. En fin, eso ya no tiene remedio. Cuando salga, Erick le entregará un cheque.

—Gracias. No ha sido un trabajo muy brillante, pero hice cuanto pude.

—No ha terminado usted aún, Talbot.

—¿Qué?

—Voy a pagarle lo convenido si encontraba a Allan. Usted lo encontró... Muy bien, tengo otra razón por la que seguir burlándome de la muerte..., otra razón para mantener un pie fuera del infierno.

—No le comprendo.

—Encuentre a quien le mató.

El se echó atrás en el asiento, disgustado.

—Informé a la policía, señor Greeley —dijo—. Ellos investigarán y le aseguro que son muy buenos en su trabajo. Además, disponen de medios modernos, científicos. Pueden hacer mucho más que yo en un asunto como éste.

—¿Debo entender que renuncia a trabajar para mí?

—Desde luego, no. Sólo que considero que es un despilfarro de tiempo y dinero.

—El dinero es mío, y el tiempo suyo. Yo le compro su tiempo. Es casi lo único que puedo comprar ya en mi situación. Le pagaré la tarifa de costumbre, más veinte mil dólares al final.

—No es seguro que descubra al culpable, señor Greeley. Tal vez la policía lo encuentre antes.

—¡No siga poniéndome dificultades! Le pagaré igualmente si es la policía quien lo captura, pero búsquelo usted..., sea quien sea.

Esto último le produjo un escalofrío a Grant, porque en cierto modo era su propio temor.

—Suponga que... Bueno, que se trata de alguien allegado a usted, señor Greeley.

—Ya sé... Se refiere a alguna de mis hijas. A Evelyne tal vez. Ella detestaba a Allan porque jamás pudo dominarlo. Nunca pudo someterlo a sus abyectos y retorcidos deseos. El era... era un hombre entero. Pero no importa. Sólo que en este caso dígamelo a mí antes que a la policía.

—Está bien, lo intentaré —cedió, levantándose.

Esta vez no hubo interrupciones cuando salió. El viejo mayordomo le entregó un sobre cerrado sin decir palabra y luego cerró la puerta cuando el detective se dirigió a su coche.

Sin embargo, ella le esperaba allí, sentada dentro del auto.

El se detuvo junto a la portezuela y sacudió la cabeza al tiempo que encendía un cigarrillo.

—¿Desea que la lleve a la ciudad otra vez?

—Quiero hablar con usted.

—Bueno.

Se acomodó ante el volante.

Evelyne estaba más pálida que de costumbre, pero su mirada chispeaba de aquella manera desafiante que él ya le conocía.

—Arranque —gruñó—. Empiezo a estar harta de esta maldita casa.

Grant maniobró, llevando el coche por el paseo de grava sin despegar los labios.

De pronto, ella susurró:

—Gracias por lo que hizo. Su abogado me sacó de las garras de ese repugnante polizonte amigo suyo.

—Lo único repugnante que hay en Devlin es su pipa... Estaba obligado a interrogarla dadas las circunstancias.

—¡No tenía ningún derecho!

—¿Usted cree?

—¡Me robaron el coche! ¿Qué culpa tengo yo de que apareciera en aquel lugar?

—Y sus sujetadores, ¿también se los robaron?

—No emplee el sarcasmo conmigo. No acostumbro dejar mis prendas íntimas en todos los lugares donde me desnudo. Además, nunca estuve en aquella maldita casa.

—¿Está segura?

Ella le miró, bufando.

Grant enfiló la carretera y aceleró.

—¿Cree usted que no recordaría si hubiera estado allí?

El se encogió de hombros.

—Dependería del estado en que se encontrase —por supuesto.

—¿Quiere decir borracha?

—O drogada.

—No necesito esa porquería, Talbot. Nunca la probé. Puedo gustar todas las emociones que necesito sin tener que embrutecerme con ninguna clase de estupefaciente.

—Bien. ¿Cómo explica usted que esos sujetadores aparecieran en la casona?

—Me gustaría saberlo... Aunque cualquiera pudo llevarlos. Las prendas de ropa se pierden en las lavanderías, y cuando estoy en la ciudad doy a lavar mi ropa. Quizá se confundieron y fueron a parar a manos de una mujer que decidió utilizarlos... ¿Cómo puedo saberlo?

—Me parece muy rebuscado. Sería una coincidencia endiablada. Una coincidencia que, sumada a la otra de que también su coche robado apareciera en las cercanías de la casa, roza lo absurdo. ¿No cree?

—Ya veo... Es usted un polizante después de todo.

—Cierto. ¿Adónde desea que la lleve?

—A mi apartamento.

—Hay algo más que debe usted saber, Evelyn.

—No será nada bueno.

El dobló por la avenida. Mientras se acercaban al edificio de apartamentos, dijo:

—Su padre acaba de contratarme de nuevo, esta vez para que descubra al asesino de Allan Murdock.

—Y supongo que yo soy su, principal sospechosa...

—Aunque lo lamento, debo decir que sí.

Ella soltó una ronca carcajada.

—Detestaba a Allan y no trato de ocultarlo. ¿Es eso suficiente para detenerme?

—Claro que no.

—En ese caso, aún tengo esperanzas.

El arrimó el coche al bordillo y, volviéndose en el asiento, miró

a la mujer cara a cara.

—Si lo hizo usted, Evelyne, voy a darle un consejo.

—Siempre me negó todo lo que deseaba de usted. Se ha vuelto generoso de repente.

—Si lo hizo usted —repitió él, con voz neutra y monótona—, tome un puñado de miles y desaparezca. Una mujer como usted dispone de sobrados recursos para cambiar incluso de personalidad en el extranjero. Lárguese del país antes de que sea demasiado tarde.

Sorprendida, Evelyne le devolvió la fría mirada.

—¿Habla usted en serio, Talbot?

—Absolutamente en serio.

—De modo que es humano después de todo...

—No vaya a equivocarse conmigo. Si descubro realmente que usted mató a Murdock y está aquí, la detendré sin titubear ni un segundo.

—Sí, estoy segura que usted lo haría.

—Piénselo. Le acabo de dar un buen consejo, aunque haga polvo todas las normas de la ética profesional. Y ahora, adiós, Evelyne.

Inclinándose por delante de ella abrió la portezuela. Estaba incorporándose cuando ella le sujetó casi con violencia entre sus brazos y antes que pudiera evitarlo le aprisionó la boca con la suya.

Era una mujer experta. Sabía todos los trucos en las lides amorosas. Por un instante él creyó que una llama viva ardía en su boca. Luego, consiguió librarse y se echó atrás.

—Ha sido una buena despedida —dijo, con voz que de pronto se había vuelto ronca.

Evelyne se apeó y desde la acera se quedó mirándole con sus ojos que de nuevo eran desafiantes y burlones.

—Estuvo usted a punto de caer, Talbot —dijo, susurrante—. Lo sé.

—Eso no lo sabrá usted nunca. Piense en lo que le dije.

Apartó el coche y aceleró, alejándose rumbo a la jefatura.

Durante todo el trayecto siguió notando el ardor en sus labios, como si le hubieran aplicado sobre ellos un hierro al rojo.

CAPÍTULO IX

El teniente Devlin gruñó:

—Por supuesto, aún carecemos de pruebas, Talbot, pero esa mujer es tan culpable como el demonio. Todo coincide...

—No tenía ninguna necesidad de matar a su marido. Iba a separarse de él y Murdock no hubiera ofrecido ninguna dificultad. El también deseaba el divorcio.

—Ella le detestaba. Lo ha reconocido.

—Es cierto.

—¿Está cobrando de esa dama, Talbot?

—Al revés, teniente, cobro del viejo Greeley para descubrir al matador de Murdock.

—Debí imaginarlo. De este modo, el vejestorio tiene la seguridad de manejar a su antojo cualquier prueba que pueda usted conseguir.

—Si conociera a Greeley se daría cuenta de cuán equivocado está.

—De cualquier modo, el caso Murdock será fácil, no me cabe duda. Lo endiabladamente embrollado es lo de la casona. No puede creerse que le robasen el coche y luego apareciera allí. Una a esto lo de esa cosita llena de encajes y verá lo absurdo que es pensarlo siquiera. Las mujeres no andan perdiendo estas cosas a voleo y usted lo sabe. Sólo imaginar que mi mujer pudiera perder un sujetador de este modo es para echarse a reír.

—Teniente, si estuviera usted casado con una mujer como Evelyn Greeley ya se habría pegado un tiro. Pero hágale de las víctimas. ¿Quiénes eran?

—Otro hueso, palabra. Jovencitos de buenas familias. Ricos, influyentes, miembros de esto y aquello, con relaciones incluso en Washington... Manejan abogados con la misma facilidad que usted sus dedos.

—¿Ha logrado saber qué otros jóvenes asistían a esas orgías?

—Tengo listas de amigos de las víctimas... Largas listas —añadió, con sarcasmo—. Pero no hay uno solo que reconozca haber visitado esa casa una sola vez en su vida. Todos se muestran asombrados, indignados de que se lo preguntemos siquiera... Y algunos de ellos muestran las huellas de la droga tan claramente como sus documentos de identidad. Un estercolero, Talbot, ni más, ni menos.

—Entonces, ¿cómo piensa probar que Evelyne Greeley estuvo allí? Usted sabe que cualquier abogado echará por tierra las pruebas de que ahora dispone...

El teniente sonrió sin humor.

—Talbot, voy a decirle algo y después le despediré. Tengo trabajo, ¿sabe?

—Claro, claro...

—El caserón pertenece a la familia Darrow. No lo han habitado desde los tiempos en que fue construido por un antepasado suyo medio loco. Los Darrow fueron íntimos amigos de los Greeley durante muchos años... Tenían negocios en común y ambas familias formaban parte de lo mejor de la sociedad bostoniana...

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A esto. Hubo una temporada, hace doce o trece años, en que se les ocurrió habilitar el caserón para pasar unas semanas allí. Los hombres deseaban cazar en el pantano. Invitaron a los Greeley y a otros. Fue un acontecimiento social, ya sabe. Bien, el viejo Greeley y sus hijas vivieron en la maldita casa durante casi un mes, así que Evelyne la conocía perfectamente.

—Sigue sin disponer de una sola prueba sólida.

—Veremos. Y ahora, déjeme trabajar en paz, por favor.

Grant se dirigió a la puerta. Salió y se fue profundamente preocupado.

Desde una cabina telefónica llamó a Laurie. La voz fresca y limpia de la muchacha le devolvió parte de su confianza en el género humano.

—¿Cómo estás, linda?

—Poco más o menos como me dejaste..., aunque con algo más de ropa. ¿Y tú?

—Metido en un nuevo lío. Pero tengo un cheque.

—¿Un qué?

—Cheque. Esa cosa que los Bancos te cambian por dinero.

—¿Mucho?

—¡Cuernos, no lo sé aún! Espera un minuto.

Desgarró el sobre y dio un vistazo al cheque de Greeley. Silbó entre dientes.

—Nena, prepárate porque voy a invitarte a la mejor cena de tu vida.

—¿Tanto has cobrado?

—Trece mil dólares.

Oyó una exclamación apagada al otro extremo del hilo. Luego, la voz alegre de Laurie:

—¿Sabes una cosa, querido? Empiezo a darme cuenta de que eres un buen partido para una chica como yo.

—Pensaré en eso. ¿Te veré esta noche?

—Lamentarás no hacerlo. Pero, Grant. ¿Por qué esperar a la noche?

—Porque estoy trabajando, linda. Además, he de ingresar ese cheque y cambiarme de ropa. Tengo la sensación de que hace un siglo que no he pisado mi apartamento. Necesito una ducha.

—Yo tengo un cuarto de baño magnífico.

—¿Tienes también ropa interior de hombre, una camisa limpia y un traje decente?

—Pides demasiado, búho.

—Entonces, hasta la noche.

Colgó. No comprendía aún el profundo sentimiento que había despertado en él hacia esa muchacha, a la que sólo dos días antes ni siquiera conocía; pero su solo recuerdo tenía la virtud de provocarle un raudal de ternura que no tenía nada que ver con la ardiente atracción física que ella pudiera inspirarle.

Decididamente, había mordido el anzuelo.

Y no lo lamentaba...

CAPÍTULO X

Abrió la puerta y entró. Las cortinas estaban corridas y el apartamento sumido en una suave media luz confortable y acogedora.

Se despojó de la americana y la arrojó sobre una silla. Echó a andar hacia el dormitorio quitándose la camisa.

Se detuvo en el umbral como herido por un rayo.

Gertie estaba tendida sobre la cama y empezaba a incorporarse, apoyándose sobre un codo.

—¿Es que nunca vienes a tu domicilio, querido? —Runruneó, con voz que era un reto sensual.

Sus pequeños y fijos ojos se clavaron en su musculoso torso desnudo, en una mirada de aprobación, recorriéndolo despacio como si quisiera contar cada una de las protuberancias de los músculos y tendones.

—¿Qué infiernos está haciendo aquí? —barbotó, dominando su ira.

—Esperarte, por supuesto.

Su cuerpo empezó a temblar suavemente con una excitación anticipada.

El masculló:

—Vístete y sal de aquí.

—Oh, no, querido. He esperado mucho tiempo...

Un hilillo de saliva se deslizó por las comisuras de sus labios sin que ella lo advirtiera siquiera.

Grant comenzó a preocuparse, pero al mismo tiempo su indignación creció de tono.

—Tienes un minuto para largarte, Gertie.

—No me iré. Ven aquí, acércate...

—¡Con un demonio! Un minuto, y te advierto que nunca he sido un hombre paciente.

Dio media vuelta y regresó al desordenado salón. El furor crecía en él de manera inquietante porque la presencia de aquella muchacha allí y en semejantes condiciones no hacía más que complicarle la vida.

Además, fuera lo que fuere que andaba mal en ella no contribuía justamente a hacerla deseable.

Dejó transcurrir el tiempo con impaciencia. La oyó llamarle con un ronroneo semejante al de una gata en celo.

Después regresó al dormitorio. Ella estaba sentada ahora y tendió los brazos al verle aproximarse.

—Lo sabía —susurrón—. Sabía que no me defraudarías...

Grant la atrapó de un zarpazo, casi levantándola en vilo y arrancándola de la cama. Gertie trastabilló violentamente. Con la otra mano libre, el detective apelotonó las ropas y tras esto la empujó fuera del cuarto.

Junto a la puerta la soltó, arrojándole las ropas a los pies.

—Vístete, primor, o te echaré al pasillo tal como estás.

—¡Grant!

—¡Con un demonio!

De pronto, su rostro se contrajo en una nauseabunda transformación. Pareció como si se volviera blando, brillante de sudor, mientras sus ojos adquirían un brillo iracundo.

—¿Por qué? —barbotó—. ¡Soy una mujer, Grant!

—Lo sé. Anda, vístete; temo que no podrías comprenderlo.

—¡Maldito seas!

—Sí, bueno...

—¡Maldito puerco retorcido! ¿Es por Evelyne que me desprecias?

El sacudió la cabeza.

—Yo no te desprecio, muchacha, en absoluto. Y Evelyne no tiene nada que ver con esto.

—¡Mientes! Es por ella... La prefieres a ella..., a esa zorra...

—Estás diciendo tonterías. Y perdiendo el tiempo.

Súbitamente, a manotazos, ella se enfundó en sus ropas. Sus ojos eran como llamas cuando abrió la puerta y desapareció.

Grant no pudo contener un largo suspiro de alivio.

Acabó de desvestirse y se metió bajo la ducha. Cuando se hubo secado, se vistió ropas limpias sin poder alejar de su mente lo

sucedido con Gertie.

Acabó llegando a la conclusión de que el exceso de dinero había echado a perder a las dos hermanas. El exceso de dinero y la impunidad para cometer los mayores excesos. Acabó sintiéndose satisfecho de sí mismo por haber sabido apartarlas de su vida, resistiendo todas sus provocaciones.

Cuando salió a la calle, el cielo estaba cubierto por espesas nubes oscuras presagiando tormenta. Fue directamente a su casi abandonada oficina y examinó la escasa correspondencia. Después, la tormenta descargó el primer aguacero y el agua tamborileó contra los cristales.

Había oscurecido rápidamente y llameantes relámpagos desgarraban las nubes con sordo retumbar de truenos.

Al trasladar las cosas que llevaba en los bolsillos al nuevo traje salió el pequeño bolso. Dio un respingo porque se había olvidado de él.

Contempló una vez más el rostro fijo en la foto de la licencia de conducir. Era como si la muchacha asesinada en el sendero volviera a mirarle con sus grandes ojos redondos, llenos de terror.

Sin duda, la joven había regresado para recuperar su bolso. Debía recordar dónde lo había abandonado y el sangriento espectáculo que reinaba en la vieja casona. Había tardado varios días a decidirse antes de encontrar valor suficiente para regresar en su busca, para evitar que cuando los cadáveres fueran descubiertos, también su bolso pasara a manos de la policía.

Sólo que algo sucedió en el sendero..., algo que provocó el salvaje ataque. Quizá vio algo que no debía. Tal vez reconoció al asesino...

Porque ahora Grant estaba convencido de que realmente Laurie vio a alguien en la ventana aquella noche, alguien que les acechaba, quizá esperando la oportunidad de descargar un nuevo golpe.

Dio un vistazo a la inundada ventana. Y se disponía a salir cuando sonó el teléfono y al descolgarlo oyó la voz del teniente Devlin.

Entró en el despacho del policía sacudiendo el agua del sombrero.

—Bonita noche —gruñó—. ¿Qué es lo que ocurre?

—He pensado que debía estar presente, ya que anda metido en

este asunto por mucho que me disguste.

—¿Ha descubierto algo importante, Devlin?

—Puede serlo. —Pulsó un intercomunicador y gruñó—: Traigan a esa chica.

Grant dio un respingo. Temió que el policía hubiera arrestado a Evelyne, y si era así, no cabía ninguna duda de que poseía ahora nuevas y contundentes pruebas.

Sólo que la muchacha que entró, escoltada por un agente, no tenía nada que ver con Evelyne Greeley.

—Siéntese, por favor.

Estaba muy pálida y no muy segura de sí misma. Tendría alrededor de veinte años, era de rostro aniñado y grandes ojos, en torno a los cuales aparecían profundos y oscuros círculos.

—Su nombre es Diane Borah, ¿no es así? —dijo el teniente, y su voz era más suave que de costumbre.

—Sí..., pero ya he prestado declaración... No puedo decirles más de lo que he declarado.

—Lo sé, y le ruego que disculpe esa insistencia mía. Pero prefiero escuchar el relato de viva voz que leerlo en unos papeles. Por favor.

—Quisiera estar segura de que el hecho de haber venido voluntariamente aquí no me causará problemas..., especialmente con mi familia...

—Ninguno.

—¿No informarán a los periodistas, no saldrá a relucir mi nombre?

Devlin suspiró resignadamente.

—Estoy en condiciones de asegurarle que su testimonio será estrictamente privado.

La muchacha aún miró con desconfianza al silencioso Grant, que no comprendía el significado de todo aquello.

Después habló con voz monótona:

—Había asistido un par de veces a las sesiones de la casona... Me llevaron unos amigos, como ocurre siempre... Fumamos un poco de hierba al principio, nos reímos y... y todo lo demás. Había una atmósfera agradable para lo que hacíamos en aquel viejo caserón. Nos daba aire de conspiradores, y nos gustaba.

—¿Cuántos jóvenes se reunían allí?

—Entre chicos y chicas, unos diez o doce.

—¿Todo parejas?

—No necesariamente. Al principio pensé que sólo buscaban aquel lugar retirado, discreto y abandonado para hacer el amor. Y en realidad los que estaban con sus novias lo hacían, por supuesto.

Grant sintió la tentación de preguntarle si ella entraba en esa categoría de novia, pero se abstuvo.

Pero por lo visto la muchacha había decidido contarle todo, hasta las últimas consecuencias, y añadió:

—Éste era mi caso. Sin él no habría acudido allí.

Devlin se creyó obligado a aclarar en obsequio de Grant:

—Debo advertirle que esta joven ha acudido aquí voluntariamente, Talbot. En consecuencia, hemos aceptado el compromiso de que no se la obligará a mencionar ningún nombre de los que ella vio en la casona durante sus visitas allí.

—Entiendo.

—Prosiga, muchacha.

—Las dos primeras veces no pasó nada anormal. Fumamos algunos petardos, bailamos e hicimos un poco el loco. Después, cada pareja buscó un lugar donde pasar desapercibidos... Pero esa última noche..., cuando ocurrió eso...

—Tranquilícese.

—He visto las fotografías. Creí morirme.

—¿No vio los cuerpos aquella noche?

—No... no quise verlos.

—Está bien; comprendo lo que siente.

—Estábamos en el pasillo de arriba con John..., con él —rectificó, apuradamente—. Habíamos subido porque sabíamos que había habitaciones en las que nunca subía nadie, pero la más cercana a la escalera estaba ocupada.

—¿Cómo supieron que estaba ocupada?

—Oímos un murmullo..., una voz. Mi... mi novio dijo que debía haber otra, pero los dos estábamos peor que de costumbre. Yo..., él..., habíamos tomado algo más fuerte que la hierba. Apenas podíamos sostenernos de pie.

Grant cambió una mirada con el teniente, pero ambos mantuvieron cerrada la boca.

Y ella prosiguió:

—Al fin no pude más y me dejé caer al suelo. El se echó a mi lado... No sé qué hablamos ni apenas lo que hicimos. Pero en aquella habitación... Hubo primero un murmullo de una voz bronca, extraña. No he podido olvidarlo. Después..., estoy segura que fue un grito, y quejidos. Debía estar... matándolos...

Su voz se quebró y durante un minuto reinó el más absoluto silencio en el despacho.

Al fin, ella dijo, en un murmullo:

—Mi... mi novio dijo algo burlándose... Creyó que estaban... Bueno, ya saben ustedes. Empezó a besarme... —Le costaba cada vez más esfuerzo revelar sus recuerdos de aquella noche, pero lo hizo—. Estaba besándome, o yo le besaba a él, no sé..., cuando una sombra salió de la habitación.

Grant se enderezó de golpe. Al fin comprendía la importancia que el testimonio de la muchacha podía tener.

—Era una sombra informe... Pareció flotar en el pasillo, llenándolo... Yo la veía por entre los cabellos de él... Fue tan sólo un instante y me asusté, pero John... Bueno, se llama Johnny, eso no importa ahora. Johnny no cesaba de murmurar cosas y besarme. La sombra flotante se detuvo unos segundos como si nos estuviera mirando, aunque en aquella tremenda oscuridad no creo que pudiera vernos, a menos que tuviera ojos de gato. Después se fue y desapareció en las escaleras.

Grant dejó, escapar el aire retenido en sus pulmones. No pudo contenerse y preguntó:

—¿Y luego?

Ella se sobresaltó.

—Nada... Debimos quedarnos dormidos allí mismo. Me despertaron los alaridos que resonaban abajo, en la planta. Me pusieron los pelos de punta. Después, alguien más empezó a chillar como si se hubiera vuelto loco. Traté de despertar a Johnny, pero no pude, así que me levanté y fui a ver qué sucedía... Fue horrible. Una muchacha estaba cubierta de sangre... Sangre empapándole los cabellos, la cara, los pechos y las manos, mientras no cesaba de lanzar alaridos terribles... Y la sangre goteaba del techo, filtrándose entre las tablas viejas de madera.

Devlin suspiró.

Grant recordó a la pobre Alma y muchas dudas se esfumaron.

Y la muchacha añadió:

—Algunos subieron a ver qué había pasado allá arriba. Yo también subí, pero no entré en la habitación. Oí cómo vomitaban, y unas chicas lanzaban gritos histéricos y salían corriendo... Entonces pude despertar a Johnny y él sí fue a ver qué había allí dentro. Salió tambaleándose como un borracho y todos nos fuimos abajo. Allí acordamos marcharnos y no volver..., no decir una palabra a nadie de lo sucedido para no comprometernos..., y dejamos solos a los muertos y a los murciélagos. Y eso es todo. En todos estos días no he podido quitármelo del pensamiento... Ha sido una tortura insoportable, hasta que decidí venir a contárselo a ustedes. Alguien debe ocuparse de los muertos... No pueden quedar allí, tirados como carroñas de animales...

—Se lo agradecemos infinitamente, Diane, créame. Sólo me resta darle un consejo... Olvídese de la droga. Deje de frecuentar la clase de amistades que la han llevado hasta semejante pesadilla... Es demasiado joven y bonita para convertirse en una ruina.

Ella asintió con un gesto desalentado.

—¿No desean preguntarme nada más?

—No. Puede irse. Nadie volverá a molestarla.

Se fue tímidamente.

Grant soltó una sarta de maldiciones hasta que se calmó.

—Me gustaría arrancarles la piel a... Bueno, olvídelo. ¿Qué ha sacado en limpio?

—Lo mismo que usted, imagino. El relato es tan claro como cabía esperar, excepto en lo concerniente a esa sombra negra flotando en el pasillo. ¿Qué le sugiere?

Grant arriesgó un tanto:

—Alguien podría tomarlo por un enorme murciélago.

El teniente pegó un salto en su sillón.

—¡Un murciélago! ¿Está chiflado usted también?

—La reencarnación del mal..., de Satán o algo así. Aunque la explicación que se me ocurre en realidad es mucho más sencilla.

—Veamos si coincide con la mía.

—Un cuerpo desnudo y una capa flotante. Tal vez una capa impermeable.

—¿Y por qué desnudo?

—Porque el asesino debió salpicarse de sangre, sobre todo con el

salvaje asesinato de la muchacha. Es mucho más fácil lavar las manchas de sangre de la piel que de las ropas. A menos de quemar éstas, desde luego.

—Ajá, estamos de acuerdo. Yo había pensado en lo mismo.

Grant miró al policía con el ceño fruncido.

—¿Algo de todo esto le hace pensar en Evelyne Greeley también?

—No veo cómo relacionarla basándome en lo que hemos oído.

El detective se levantó cansadamente.

—Afortunadamente para mí, esta noche tengo una cita que me hará olvidar toda esta sarta de nauseabundas brutalidades.

Estaba junto a la puerta abierta cuando el teniente soltó con desgana:

—A propósito, Talbot. Yo no dije nada de un salvaje asesinato de una muchacha. Sólo dije que había sido asesinada. Y los periódicos tampoco han...

Grant cerró la puerta, ahogando la voz sardónica del policía, y se fue apresuradamente.

CAPÍTULO XI

Había una cabina telefónica junto al lugar donde había estacionado el auto. Había dejado de llover, pero el cielo seguía plomizo y amenazador.

Entró en la cabina y disco el número del administrador del edificio de oficinas.

—¿Walter? —dijo, cuando oyó que le contestaban—. Estuve ahí antes y no le vi.

—¿Es usted, señor Talbot?

—El mismo. Tome nota de un número de teléfono. Estaré junto a ese teléfono parte de la noche. Después me encontrará en mi apartamento. Recuérdelo porque tal vez alguien intente comunicarse conmigo esta noche.

—Ya lo intentó, señor.

—¿Cómo?

—Estuvieron llamándole hace unos minutos.

—¿Dejaron el nombre?

—Greeley, señor Talbot.

—Esperaba que el viejo intentara comunicarse, pero...

—No se trataba de ningún viejo —le interrumpió el administrador, con cierta ironía—. La voz era de una mujer joven, aunque parecía muy preocupada.

—¿Qué mujer, Evelyne o Gertie?

—Evelyne Greeley. Dijo que trataría de llamarle de nuevo.

Grant titubeó. Luego dijo:

—Si lo hace, dígame que estoy camino de su residencia.

—Muy bien.

Colgó, para volver a llamar apresuradamente a Laurie.

Se disculpó pretextando un trabajo inesperado, aunque no debió mostrarse muy convincente porque ella replicó:

—¿Qué clase de trabajo, Grant: morena esta vez?

—No pensé que fueras celosa, cariño. Pero sólo te traicionaría con una pelirroja... Es mi color preferido. De veras, Laurie, he de ver a los Greeley.

—¿Y no pueden esperar a mañana?

El suspiró.

—Podrían esperar, si no fuera que necesito el montón de dólares que me prometió el viejo. He de comprar una casa, y muebles, y...

—¡Grant!

—¿No te dije que iba a casarme contigo?

—¡Maldita sea, Grant! Y se te ocurre soltarlo por teléfono...

—Te veré tan pronto pueda y lo repetiré. Buenas noches, linda.

—¡Grant, querido!...

Colgó, tomó el coche y salió zumbando.

El anciano estaba acostado cuando entró en el dormitorio escoltado por el viejo mayordomo.

—¿Es tan importante lo que tiene que decirme que no ha podido dejarme dormir en paz? —rezongó.

—No lo sé. Evelynne trató de localizarme por teléfono y al parecer estaba muy preocupada. Creí que la encontraría aquí.

—Tuvieron otras de sus disputas con Gertie... ¿Eso era todo, Talbot?

—Tal vez esté en su apartamento de la ciudad.

Tras él, Frick murmuró:

—Si me permite, señor...

—Hable.

—Las señoritas discutieron abajo, en la biblioteca. No pude escuchar nada, sólo sus voces, que resonaban a través de la puerta; pero creo que mencionaron algo de una casona... o una casa vieja, no estoy seguro...

El se estremeció y un frío pánico culebreó por sus miembros.

—¿No sabe lo que dijeron en relación con esa vieja casa?

—Lo siento, no oí nada concreto...

—¿Cuál de las dos fue la que dijo eso?

—No estoy seguro, señor, pero creo que fue la señorita Gertie.

El viejo graznó desde la cama:

—¿Qué demonios significa todo esto de una casa vieja?

Grant iba a responder cuando un trueno retumbó, ahogando su voz.

—Se lo diré cuando vuelva.

Se precipitó a la puerta y descendió las escaleras a saltos.

La lluvia volvía a repicar contra la hojarasca del jardín. Entró en el coche y lo lanzó por el paseo de grava, lamentando no disponer del rojo y veloz bolido de Evelyne en esta ocasión.

Tan pronto entró en la carretera hundió el acelerador a fondo. El coche vibró y pareció encabritarse cuando se lanzó como una centella a través de la cortina de agua que los faros apenas podían taladrar.

Inclinado hacia adelante, Grant forzaba la mirada para distinguir el asfalto. Los relámpagos rasgaban el firmamento con secos estampidos, y a cada trueno parecía que la lluvia se espesaba.

Abruptamente, se cruzó con un enorme camión, casi rozándolo. Pero no apartó el pie del acelerador, sacándole al coche una velocidad que jamás pensó que pudiera alcanzar.

Fue un viaje de pesadilla en el que mil veces bordeó la muerte en forma de accidente. Luego, casi rebasó el desvío del pantano y allí sí debió reducir la velocidad porque las ruedas se hundían en el barro.

Pronto se hundió bajo la vegetación, y como surgida de la niebla, la vieja casona apareció ante él oscura y siniestra.

Antes de apagar los faros pudo distinguir las carrocerías de dos coches bajo los árboles. Antes de apearse sacó la automática y la guardó en el bolsillo. Tras esto se encaminó a la entrada.

El vestíbulo estaba a oscuras. Escuchó y no pudo oír más que la sinfonía de la lluvia en los árboles y el retumbar del trueno, que parecía estremecer el caserón desde sus cimientos.

Grant se detuvo en el centro del vestíbulo. En la mano izquierda empuñaba la linterna, aunque no se atrevió a encenderla aún. Con voz seca, gritó:

—¡Evelyne! ¿Está usted aquí?

—¡Grant!

La voz se ahogó.

Procedía de la estancia donde viera el diván manchado de sangre y la cama revuelta.

Abrió la puerta y encendió la linterna, penetrando en el cuarto.

Evelyn estaba sentada en el borde de la cama. Abrió la boca para decir algo, pero antes que pudiera hacerlo otra voz dijo a

espaldas de Grant:

—¡No se mueva, héroe, estoy apuntándole!

Se quedó rígido. Evelyne susurró:

—Tiene una pistola... Le matará sin titubear.

—¿Gertie? —dijo él.

—La pobre Gertie —replicó la voz cargada de mortal sarcasmo—. La despreciada Gertie... Sé que estás armado, querido mío. Ya disparaste una vez contra mí. Saca la pistola y déjala caer al suelo.

El miró por el rabillo del ojo. Vio la oscura forma pegada a la pared, a dos pasos de distancia. También vio la pequeña pistola que le apuntaba. A semejante distancia, ella no podía fallar.

De modo que dejó caer la automática al suelo. Pero le propinó un puntapié, mandándola bajo la cama.

—Ahora, la linterna... Déjala en el suelo, alumbrando a mi querida y ardiente hermanita...

También obedeció. Comenzaba a comprender muchas cosas.

Cuando se enderezó, Gertie dijo:

—Ahora camina, réunete con esa perra. También a ti va a tenerte... para toda la eternidad.

—Estás loca, Gertie.

—¡Cállate!

—Completamente loca. Tú mataste a Murdock y creo que lo hiciste con esta misma pistola.

—¡Sí, lo hice! También él me despreció. Estaba casado con esa zorra, pero era como si no lo estuviera. Yo le quise... Era bueno, apuesto y fuerte. Tan fuerte como tú. Pero él iba a marcharse con otra..., dejándome revoleándome con mi odio, mi soledad y mi deseo. Me oculté en su coche y le disparé tan pronto se apeó.

Evelyne no pudo contener un quejido. Grant llegó junto a ella y, sentándose a su lado, la enlazó por la cintura y murmuró:

—Cálmese. Aún está viva.

Gertie cacareó:

—¿Por cuánto tiempo? Va a ser una tierna escena... Esa perra también se apoderó de ti... Volvió a arrinconarme... Pero es la última vez. ¿Lo oyes, Eve? ¡La última vez! No volverás a quitarme un hombre nunca más.

—Yo no...

Su voz se extinguió, rebosante de pánico.

Grant dijo, tratando de controlar el tono de su propia voz:

—¿Y aquí, por qué tuviste que cometer esos crímenes, Gertie? ¿También aquel muchacho te despreció?

—¡Sí! Subió con ella... Los vi cómo se acariciaban..., rechinando los dientes..., y esperé... esperé que quedaran inconscientes.

—Llevabas ese mismo impermeable, claro.

—¡Lo único que llevaba! —chilló—. ¡Como esta noche!

Avanzó unos pasos para que él pudiera verla. Evelyne contuvo el aliento.

—Y luego, la otra muchacha —siguió provocándola él—. En el sendero. ¿Qué pasó? ¿Te vio?

—No sé por qué vino aquella noche..., pero me descubrió cuando me ocultaba... Quería saber qué significaba aquella mujer para ti...

El estaba calculando las posibilidades de que su cálculo fuera erróneo. Si lo era, significaba la muerte sin paliativos.

—Gertie, no puedes seguir matando y matando durante toda tu vida.

—No volveré a hacerlo. Sólo tú y esa zorra. Después, ella ya no me quitará a ningún otro hombre..., podré amar a quien quiera...

—Ellos se apartarán de ti, Gertie. No se trata de Evelyne ni de ninguna otra. Es algo que está en ti.

—¡Mientes! Sólo tratas de ganar tiempo. Evelyne, quiero que te quites las ropas.

El casi se incorporó.

Gertie dejó escapar una risa escalofriante.

—¡Una escena de amor! Y mataré a los dos cuando estén amándose... El último amor de mi querida hermanastra...

—¡Por piedad, Gertie!... —jadeó Evelyne.

—¿Qué piedad tuviste tú de mí? —chilló—. ¿Pensaste alguna vez que ningún hombre se fijaba en mí cuando estabas cerca, que siempre me dejaban de lado para rodearte? ¡No, nunca lo pensaste! Sabías que me dejaban sola, royéndome las entrañas de amor y de soledad, de ansias que nadie compartía... ¡Hasta los murciélagos de este caserón tienen compañía! Unos pobres murciélagos.

—Los murciélagos...

—¿Recuerdas eso también? Eramos dos chiquillas, tú y yo... en esta misma casa... Me encerraste en un cuarto sabiendo que esos

pobres bichos entraban en él cada noche. Creíste que enloquecería de miedo...

—¡Fue solo un juego!

—¡Un juego diabólico por tu parte! Pero yo era más fuerte que tú..., no les tenía miedo..., me gustaban..., pájaros de la noche, ciegos, siempre a tientas... ¡Desnúdate!

—No, Gertie..., ten piedad...

—¡Quiero que te desnudes!

Grant se levantó poco a poco.

—Estás perdida, Gertie —dijo.

—¡Quieto tú también!

—Esa pistola... Disparaste contra Murdock cinco veces.

—¡Y volvería a hacerlo! Y lo haré contra ti...

—Estás loca, Gertie... Tu mente no rige. Nunca volviste a cargar esa arma. ¿No es cierto?

—¿Qué?

—Ésa pistolita sólo puede cargar seis balas... De modo que debe quedar una solamente.

La muchacha dejó escapar un pequeño grito. Una espuma sucia se deslizaba de su boca empapándole la barbilla. Sus ojos llameaban e incluso Grant sintió el pánico atenazarle ante su aspecto.

—¡Será suficiente para ti!... —jadeó, con los dientes apretados salvajemente.

—¿Y Evelyne? No podrás matarla..., y esa pequeña bala no podrá detenerme a mí.

—Tengo otra cosa... Unos garfios de jardín... con una garra...

En ese momento Grant saltó hacia adelante.

Lo hizo consciente de lo que arriesgaba, pero creyó sorprenderla, y en eso se equivocó.

Sonó el seco, casi ridículo estampido de la pequeña pistola, y algo llameante picoteó contra su pecho.

Sintió un súbito aflojamiento en las piernas, pero siguió adelante mientras Gertie tiraba una y otra vez del gatillo sin que nada sucediera.

Chocó contra ella y ambos rodaron por el suelo entre los alaridos de Evelyne.

Grant golpeó a ciegas, con un dolor creciente atenazándole el pecho.

El golpe tiró a Gertie lejos de él, pero pareció como si hubiera rebotado.

Y para entonces, algo terrible brillaba en su mano.

Unos garfios de hierro, de los utilizados en jardinería para desmenuzar la tierra de las macetas. En manos de una loca eran un arma atroz.

El arma que ya había desgarrado dos gargantas.

—Estás herido —jadeó, con la espuma ensuciándole la cara—. Te remataré con esto, Grant..., y después a ella... su hermosa garganta, que tú besaste tantas veces...

Era inútil ahora tratar de distraerla. El retrocedió hasta el diván y se dejó caer sobre él como si le fallaran las fuerzas.

Gertie emitió una carcajada y saltó sobre el detective enarbolando los garfios.

El esperó hasta el último instante. Entonces, cuando el hierro descendía sobre él, atrapó aquella mano y la retorció brutalmente.

El hueso chascó y Gertie no pudo contener un aullido de bestia herida, debatiéndose enloquecida.

El se levantó, sujetándola. Le dio un seco trallazo en el mentón y el frágil cuerpo salió volando para estrellarse en el otro extremo del cuarto, donde quedó gimoteando, hecha un ovillo.

Evelyne se levantó como una muñeca, la mirada desorbitada, tambaleándose.

Grant se llevó la mano al pecho y la retiró teñida de sangre.

—Ya pasó —dijo entre dientes—. Espero que los siquiатras la pongan a buen recaudo.

El proyectil, en su carne, le dolía cada vez más. Rodeó la cama para recuperar su propia arma. Estaba aún inclinado, tanteando el suelo, cuando oyó el angustioso grito de Evelynne.

Se incorporó de un salto. Vio el revuelo de los dos cuerpos enzarzados salvajemente y trastabilló hacia el confuso montón.

Cuando consiguió descargar un trallazo con toda su furia, Gertie se apagó como una vela. Esta vez se aseguró de que golpeaba sin ninguna consideración.

Ayudó a levantarse a Evelynne, recuperó su pistola y gruñó:

—Tendrá que conducir usted, Evelynne... Temo que yo no estoy en muy buenas condiciones.

—No podré... Estoy a punto de desmayarme, Grant...

—Hágalo y recibirá un par de azotes donde más le duelan. ¡Vamos, baje a poner el coche en marcha..., cualquiera de ellos!

Tambaleándose, la mujer se fue. Grant desgarró el colchón de la cama y lo hizo tiras, con las que amarró a la inconsciente Gertie.

La pesadilla había terminado.

Laurie se inclinó sobre él. La habitación del hospital era blanca y olía a desinfectantes.

Cuando ella acercó su rostro al de Grant, su perfume suave y penetrante barrió el otro y le envolvió.

—Acaba —dijo él—. ¿Qué pasa con tu boca: no puede descender un poco más?

—Grant, ¿has recobrado las facultades después de la intervención?

—Seguro. Apenas me duele el pecho.

—Me refiero a tu memoria.

—¿Qué pasa con mi memoria? Me hirieron en el pecho, no en la cabeza.

—¿Recuerdas lo que dijiste por teléfono?

El achicó los ojos.

—¿Yo dije algo por teléfono? —sonrió—. ¿Cuándo?

—¡Tú... tú..., embrollón!

Talbot alargó el brazo y la atrapó por la nunca tirando hacia abajo. La besó, y al hacerlo se aseguró de hacer un buen trabajo.

Estaba haciéndolo bastante bien cuando se abrió la puerta y asomó una enfermera. Dio un respingo y estuvo unos instantes contemplando el combate. Después rió entre dientes y cerró de nuevo la puerta.

Cuando Laurie pudo librarse, jadeando, él dijo:

—Acabo de recobrar la memoria, cariño... Necesitaba esa dosis de microbios para reponerme. Te dije que iba a casarme contigo. ¿Era eso lo que te preocupaba?

—¡Oh, Grant!...

—Mira, linda, sigue aplicándome el tratamiento... Siento que mi memoria vuelve a debilitarse, ¿sabes? Después de todo, no se caza un marido todos los días. Asegúrate esta vez.

Ella se aseguró, naturalmente.

Resultó un tratamiento condenadamente prolongado.

FIN



DESDE AHORA PUEDE LEER
LAS NUEVAS NOVELAS DE

CORIN TELLADO

ADQUIRIENDO LOS VOLUMENES
DE LA NUEVA COLECCION
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Silvia

CORIN TELLADO

sigue siendo la autora indiscutible de fama mundial que
refleja, con fuerza y sinceridad insuperables, las inago-
tables reacciones del Hombre y de la Mujer, en busca
del Amor.

APARICION SEMANAL, ASEGURE
LA RESERVA DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.



